

AMERICA

DIRECCION:

ALFREDO MARTINEZ
GUILLERMO BUSTAMANTE
AUGUSTO ARIAS

SUMARIO:

Augusto Arias	<i>El último libro de J. M. Velasco Ibarra</i>
J. M. Velasco Ibarra	<i>Montalvo</i>
Fernán Silva Valdés	<i>Canto a los nuevos poetas de América</i>
César E. Arroyo	<i>Una hermosa novela ecuatoriana</i>
Franz Tamayo	<i>Nuevos Rubayat</i>
José Rafael Bustamante	<i>Sucre</i>
V. H. Escala	<i>Poemas</i>
José Vasconcelos	<i>Quetzalcoatl</i>
Oscar I. Lasso_M.	<i>El Monarca del País de la Niebla</i>
Guillermo Bustamante	<i>Prosas líricas</i>
José Alfredo Llerena	<i>A la muerte de J. C. Mariátegui</i>
Alberto Moreno Mora	<i>Los Grandes Pensadores.---Federico Nietzsche.</i>

AMERICA

Revista de cultura indohispánica

Precio del ejemplar . . . S/. 0,50

Entrega de 12 ejemplares . „ 5,00

DIRECCION POSTAL:

Revista AMERICA

APARTADO NÚM. 75. QUITO, ECUADOR, S. A.

Está en circulación el primer libro impreso por la
Editorial Revista "La Sierra".

El primer volumen de la **Biblioteca Ideólogos**
Indolatinos *se inicia con*

FILOSOFIA DEL SUPRANACIONALISMO

Por Víctor J. Guevara

Prólogo de Franz Tamayo. Colofón de Jorge Basadre.

"Filosofía del Supranacionalismo", es un libro orgánico pleno de anhelos supranacionales. Su misión es organizadora. Sus páginas están saturadas de hondo amor demiúrgico por todo lo humano. En este libro de combate se plantea, desde nuevos postulados de derecho internacional, la libertad práctica de la prensa.

Precio del ejemplar: **Dos Soles.** En papel Snov: **Tres Soles**

PEDIDOS A LA EDITORIAL REVISTA "LA SIERRA".

Camana 116. Apartado 10. Lima, Perú.

En el Ecuador solicite a la Administración de «América». Envíe el valor, 6 sures, y le remitirá, asegurada, a domicilio o a provincias

AMERICA

AÑO V. Quito, Ecuador, Junio de 1930.

Nº. 42

EL ULTIMO LIBRO DE J. M. VELASCO IBARRA

Desde hace algún tiempo en la prensa diaria hemos leído los artículos de Labriolle, dotados de dos inquietudes esenciales: la meditación y la lucha. Acierto que, como hallándose a sí mismo, se concreta hoy en el título de sus dos últimos tomos, selección de las «Acotaciones» tan sugeridoras y múltiples, sin limitaciones de sistema ni pruebas dogmáticas, sin acritudes ni prejuicios, escritas con sobria voluntad de comentario y espíritu que revuela como en espera de las verdaderas fundamentales y siente a veces el goce de encontrarlas o se fatiga con la realidad de tantos ideales frustrados.

«Meditaciones y Luchas» se llama el último libro del doctor Velasco Ibarra, dividido, con gracia ordenadora, en dos pequeños volúmenes: en el primero se reúnen sus floridas meditaciones y vuela de las páginas del segundo el venablo leal de sus luchas, pero no con la violencia iracunda que pretende destruir para vencer, sino con la cordial elevación del pensamiento.

En los libros que nos ofrece el doctor Velasco, advertimos, de nuevo, las características de su concepción de la belleza y de la verdad. Quizá no logra separar los dos conceptos y no tanto porque les vea indisolubles en los panoramas que contempla, en las horas que analiza, en los hechos que juzga, en los libros que lee, en los horizontes que admira y en las verdades que aguarda, sino por que su especial gusto de cabalidad y armonía quiere dotar de tan complejos valores a los sujetos que estudia y a los cuadros que examina.

La belleza sugiere en el espíritu contemplador del doctor Velasco Ibarra un fondo de verdad. Y asimismo, parecele que del sereno dominio de la verdad, debían emanar las expresiones de la belleza. De su visión de las cosas surge, entonces, la

flor de su artículo que adquiere, en el giro de la palabra, el sentido completo del fondo y de la forma. Es un pensamiento, es la curiosidad de la verdad o la persecución del bien, el dinámico surco del que se levanta, con pasión andariega o firmeza de raíz ante el curso de las estaciones, uno de los ramos de sus luchas: Hiedra trepadora, generoso lauro o fiel arteria de olivo que a veces parece extraña a los otros luchadores cruentos, de garra o escalpelo.

Puede ser en otras veces que de la menuda arena en donde el campo es lucha de fatiga y desconcierto, el viajero recoja algún diamante olvidado, pero para lavarlo en las aguas de su raro don de comprender. La meditación, entonces, es punto feliz de la misma ruta en donde otros no encontrarían mas que desaliento y jornada ilimitada, es el hallazgo de la pequeña luz que se había ocultado porque la cubrieron en su tenaz vaivén que a muchos parece indolente fijeza, esas infinitas partículas del mundo, ellas también de luces y de dolor: las arenas.

«Las meditaciones y luchas» del doctor Velasco Ibarra conciertan, en agradable y espontáneo suceso espiritual, los mejores motivos del luchador y del meditador. Hasta la cláusula de sus meditaciones, sin aristas cortantes, sin desanimada voluntad de columna trunca; tersa, circular, sostenida, grave, corresponde exactamente a lo que debe ser una meditación. El pensador puede viajar en rayo verbal. Corta el camino de una frase porque le seduce una nueva estación con sus oros vírgenes. Quiere volverse elástico, adaptarse. Sugerir aunque no explique; tocar el pensamiento aunque no presente un sistema. El meditador, en cambio, prefiere la hondura, la introspección, el cauce profundo de las ideas. No quiere eludirse del punto de su examen. Al contrario, lo aprisiona para iluminarlo en sus trechos oscuros, lo hierde para tocar su entraña, intenta desmenuzar el precioso mineral de la forma, para poner a prueba su resistencia o su fragilidad.

Vuelos del pensador son las expresiones prontas, la imagen que más se paga de los colores que de la verdad. Inquieto y ondulante es el pensamiento, fugaz también como los rayos y las palabras breves.

La meditación gustó mas bien de la justa armonía de la parábola. Es partida y regreso. Complejidad, viaje consciente.

Esas cualidades hallamos en las «Meditaciones y Luchas» del doctor Velasco Ibarra. Son artículos escritos para las horas

limitadas del diario, pero su caudal de ideas y de convencimiento, está superando, de hecho, a la celeridad con que nacen y se apagan los trabajos periodísticos. Allí hay el grano prometedor del ensayo en apretada síntesis. La apreciación de libros nuevos, con juicio sereno. Las impresiones de la belleza que siempre será perdurable, a pesar de los audaces falseadores de la estética. Las elegías en prosa que son como una mortaja sensible para los muertos amados. Los recuerdos de la cronografía que se señala con fechas gloriosas. La muerte y la resurrección de las ideas. La preocupación de la Libertad que estuvo personificada en el Libertador y que ha sufrido, a través de los tiempos, caídas y apagamientos, o porque iba en hombros de los hombres débiles o porque la cegadera penumbra de la lucha por la vida, impidió que se la viera en su alto reinado.

La moralidad, el patriotismo, la sinceridad en política, la propiedad como función social, Montalvo, son algunos de los temas de sus luchas. La equilibrada discusión de las ideas, lo espiritual, la vida y muerte de la verdad, la raza, Stressman y la paz, Julio Arellano, Víctor M. Peñaherrera, algunos de los asuntos de sus meditaciones.

Y en unos y otros, la claridad y la corrección que distinguen a todos los valiosos escritos del joven Académico de la Lengua.

Temas de nuestro tiempo, los llamaríamos, recordando los de Ortega, aunque en la forma difieran los de «Meditaciones y Luchas» de aquellos que se presentan, como prismas multicolores, en la mesa del original filósofo de la Revista de Occidente.

Pero temas de nuestro tiempo son los que se desarrollan en los dos volúmenes del doctor Velasco Ibarra, por mas que muchos de ellos sean aplicables a todos los tiempos y triunfen, por lo mismo, del chorro menudo de la clepsidra.

Augusto ARIAS.

MONTALVO

De «Meditaciones y Luchas»

... Honrar a Montalvo en estos momentos de la vida del Ecuador, es lo mismo que clamar ante el pueblo y la juventud ecuatorianas que el quijotismo, que la persecución audaz de una idea, que el combate desinteresado por la justicia, que el desprendimiento, que el carácter, no caen en el olvido ni son tragados, raídos por los tiempos que pasan, que se acumulan, que todo lo sepultan. Allá, en el fondo de la tumba, el cuerpo de Montalvo está deshecho, es un despojo, es una extraña combinación química; pero su espíritu está vibrando en el espacio nacional, en el espacio latinoamericano; sentimos esta vibración, sentimos el influjo de este espíritu. Aún combate Montalvo la tiranía, la injusticia, la mediocridad, la hipocresía, el afán vanidoso de títulos, la ineficacia hinchada y pretensiosa.

Muerto Montalvo el 17 de enero de 1889, las escorias que se pegan siempre al cuerpo del hombre mientras cruza éste el sinuoso y oscuro túnel de la vida, fueron quemadas, consumidas por la suprema prueba, por el dolor máximo, y en adelante habla sólo su espíritu noble, gallardo, optimista, tendido siempre hacia arriba, hacia el horizonte puro, amplio, solemne y plácido.

Graves personas acusan a Montalvo de ingratitud y de orgullo. Orgullosa era Montalvo en verdad. Respecto a lo de ingrato, sin pretender una defensa a todo trance, observo sólo que las circunstancias que envuelven las relaciones privadas son tan complejas, tan enredadas, que rara vez es posible dar un juicio a firme y definitivo sobre la conducta particular de los hombres.



No es el momento de discutir respecto al valor filosófico y sistemático de la obra moral y política de Montalvo. Si no fué un filósofo ni un moralista sabio, fue indudablemente una inteligencia formidable, una privilegiada memoria, un cerebro excepcionalmente asimilador y erudito. No tengo yo autoridad para

ocuparme en el gran literato, en el prosador incomparable, autor de las páginas más ricas, armónicas, fáciles, peculiares, elegantes. Lo que incumbe ahora, lo que me interesa sobre manera, es el hombre, el ciudadano, el caballero siempre armado contra la tiranía, la mediocridad y la hipocresía.

Decir cosas elocuentes, poseer el don excelso de concretar el pensamiento en imágenes, ni es todo ni es bastante, si el fin principal del hombre es someterse a la verdad y al deber. La inteligencia, la ilustración, la sabiduría son de suyo valores vacíos. Si se ponen al servicio de la indignidad, del mal, de la tiranía, de la injusticia, son valores funestos, pésimos, dignos de la aversión de los honrados. La originalidad de Montalvo es ésta: todo su poder de artista y de escritor lo puso al servicio de la libertad democrática, de la moral cristiana y de la elevación de la mentalidad de las gentes. Para realizar esta obra cuando imperaba la dictadura sabia y absorbente de un García Moreno, en un ambiente fanático, ritualista e ignorante, era menester saber sobrellevar la incomprensión, el odio, la persecución, la soledad, la pobreza, el abandono, y todo esto lo sobrellevó Montalvo toda su vida, hasta morir proscrito, solo, pobre.

En un peñón encima del río Ambato o contemplando, solitario y mudo, el salto del río Pastaza al abismo espantoso, aprende Montalvo a ser solo y a ser fuerte, retempla sus músculos y retempla su anhelo. ¿Qué diría Montalvo, si presenciara ahora nuestra absoluta indiferencia respecto a los valores morales y cómo vamos perdiendo la virilidad, la energía, y cómo lo reducimos todo en lo público y en lo privado a dirigirnos cumplimientos y finezas, a crear hombres necesarios, a sacrificar la dignidad de las instituciones a los intereses vanidosos de los individuos? Aprendamos de Montalvo a exigir que se sirva y a imponer que se sirva, y dejemos que el tiempo recompense el mérito real y verdadero. «Tiranía, errores, vicios, éstos son mis enemigos, con estos monstruos cierro», dice *El Cosmopolita*: «las personas son espíritus para mí, no las veo, si no vienen a metérseme en los ojos: en este caso procuro derribarlas, y la que cae, cae echando sangre y espuma por la boca». «El tomar a pechos una idea, un principio, es cosa grande y buena; puede no ser buena, si el principio es erróneo; pero su propagador de buena fe siempre es disculpable: el entregarse en cuerpo y alma a un hombre, y mal hombre, esto jamás puede ser bueno, porque es renunciar a la inteligencia propia, ahogar el corazón en el pecho, reventarse los ojos e ir ciegos con desatinados paseos tras un perdido lazarillo.

Pensad, sentid, obrad según las luces de vuestra comprensión, según los impulsos de vuestro corazón, según las sugerencias de vuestra conciencia, y seréis hombres». He aquí lo que enseñaba el gran escritor en un ambiente oscuro y con prejuicios. El Presidente Borrero le ofrece---dice Blanco Fombona---un ministerio, se le ofrecen legaciones en Bogotá, en París. Montalvo nada acepta. Tiene intuición de que al enredarse en la burocracia, debe dar gusto y complacer a un mecanismo político que no es, que no será justo y eficiente, y prefiere publicar libros y difundir artículos, convencido de que a los pueblos se les salva yendo al alma de ellos, entrándoles con ideas y reflexiones en el cerebro, en la voluntad. Lección ésta espléndida para el Ecuador de ahora: las oposiciones duran mientras duran las vacancias del empleo; las oposiciones son a menudo método para llegar al empleo.

En todos los asuntos de que trata, las ideas de Montalvo son netas, precisas. No anda en pos de convencionalismos, de zalamerías, anda en pos de sus ideas: éstas son sus compañías, sus amistades. Carga terrible e inexorable contra los que de mala fe atacan sus ideas, contra los que matan, contra los que engañan. Después del de Rodó, ningún escritor sobre Bolívar fué la mayor acumulación de fuerza y pensamiento para liberar y porque, después de liberar, no pidió otro premio que ser ciudadano armado en defensa de las instituciones.



El clero del Ecuador fué esencialmente injusto con el insigne escritor cristiano. En lengua castellana nadie a elogiado mejor que Montalvo---me refiero al aspecto literario y elocuente, no al científico y filosófico---las virtudes cristianas. Ahí están sus páginas sobre el cura de Santa Engracia, sobre el Padre Yerovi, sobre las doctrinas políticas de Monseñor Checa. Al buen Conde de Keyserling, empeñado en que el budismo es por algunos lados superior al cristianismo, no se le podría oponer refutación más al vivo que ciertos escritos de Montalvo. Sin embargo, se le desautorizó, se le calumnió; y en lo más rudo de la batalla, con el rostro encendido, la elegancia abandonada, la serenidad perdida, todavía el formidable polemista no atropella los principios esenciales: los salva y los devuelve contra los injustos, los desatinados. He aquí lo que se llama un hombre: una mente. Salva el principio, a pesar del furor contra los que lo profesan. ¿Que-

réis una muestra? Leed: «¿Con qué todo el secreto del catolicismo está en el dinero? No, yo no digo eso. Bossuet, Fenelón fueron católicos, el conde de Montalembert, Dupanloup, el gran obispo, católicos; estos lobos rapaces que con nombres de curas devoran las poblaciones indefensas, éstos no son católicos, mas antes judíos que venden a Cristo, y le abofetean, y le amarran, y le crucifican en sus semejantes, sus hermanos». Aquilatad esa firmeza en el principio no obstante del ardor en el combate. Comentando la misericordia del cura de Santa Engracia, dice: «Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo; y en habiendo amor de Dios y el prójimo nunca falta para las obras de misericordia». «Pudiera yo honrarme», exclama el grande hombre, «con el silencio respecto de cargo tan gratuito como temerario de afirmar que soy enemigo de Jesucristo. Enemigos, no los tiene Jesucristo: los malos cristianos, los católicos de mala fe son los que los tienen... Dejadle a Jesucristo como es y como está: si le quitáis la divinidad, dejáis una caparazón no mayor ni más excelsa que la de Mahoma o la de cualquier otro hombre hábil de los que han conseguido embaucar al mundo y volverle su esclavo en provecho del error y la soberbia». ¿Qué diría Montalvo de los actuales energúmenos del Ecuador, que sólo saben negar y rugir?

He aquí el hombre que murió solo, valiente, sin quejarse de nadie, agradeciendo a Dios y a la Vida, desafiando el dolor y la tristeza.

13 de Abril de 1929.

J. M. VELASCO IBARRA.

CANTO A LOS NUEVOS POETAS DE AMERICA

*Nuevos poetas de América
salud!*

*Nuevos poetas de América;
de ojos reflectores y de manos maestras
en el barajar y en el distribuir
los naipes del paisaje.
Olímpicos atletas volteadores de records
en las conchas celestes;
atletas que realizan sus juegos
asombrando a las gentes
con sus gestos recién nacidos,
y sus palabras recién pintadas;
líricos jugadores del equipo
interplanetal;
cancheros del cielo,
discobolos del sol.*

*Nuevos poetas de América
que viajan hacia todos los rumbos
llevando los ríos azules o rojos
envueltos al pescuezo como ponchos;
poetas que se peinan los cabellos
con el peine del bosque y del trigal;
y llevan arrollados a la cintura
las lonjas del camino
como llevan los gauchos las boleadoras.*

*Poetas que lanzan sus cantos
teñidos de tiempo futuro
como los honderos sus piedras rosadas o moras
teñidas de eternidad.*

Poetas de América,
enhiestos como estaciones radiotelegráficas,
que surten de sonoros colores
los oídos de las grandes ciudades;
yo creo, yo digo, yo grito,
que en el actual naufragio,
que en el gran irse a pique del arte imperdurable,
después de la tormenta arrasadora
unos cuantos de ustedes quedarán a flor de agua
flotando en el arco iris como en una salvavidas.

Nuevos poetas de América:
parientes de la tierra
como son los ríos parientes del mar;
hijos de su propio paisaje
que a la vuelta del tiempo los recibe
abriendo los brazos tatuados de sus ríos.

Poetas de América
a quienes contempla la tierra
con los ojos inmensos de sus lagos;
la tierra materna que se pone de brucea
para que cabalquen---niños grandes---
sobre el lomo de las cordilleras;
la tierra americana
que les abre la mano inmensa de la pampa
para que juegen y canten---siempre niños---
como un trompo en la palma de la mano.

Nuevos poetas de América:
hijos pródigos que vuelven
al regazo caliente de su propio paisaje,
hombres que calcaron su sistema arterial
en el sistema arterial de los ríos;
de los ríos inmensos y azules,
tajos con que Dios
le puso a la tierra su marca de cielo.

*Poetas de América
jugosos de bosque y de cielo y de alba:
salud!*

*Al venir las barras del día,
sobre los rosados tablones de la aurora,
a la salud de América tomemos una copa:
tomemos una estrella en caña,
o el lucero del alba en la chicha del sol!*

Fernán SILVA VALDES.

Buenos Aires.

UNA HERMOSA NOVELA ECUATORIANA

«Lorenzo Cilda».—Novela
por Víctor M. Rendón.—Editorial
"Le Livre Libre".—Paris

Un benemérito de las letras ecuatorianas, don Víctor Manuel Rendón, poeta, comediógrafo, novelador, diplomático, médico graduado en París, académico de la Española y miembro de casi todas las Academias y corporaciones literarias de los países latinos y, sobre todo eso, hombre bueno y caballero a carta cabal, acaba de publicar en París, en la Editorial «Le Livre Libre», una novela ecuatoriana que, sin quitar mérito alguno a las otras obras del autor, nos atrevemos a opinar que es la mejor, ya que se trata de una verdadera joya del sentimiento concebida con amor y realizada con arte.

Lorenzo Cilda es el título de la obra a que nos referimos. En ella don Víctor Manuel Rendón, hijo esclarecido de Guayaquil, tributa un homenaje pleno a su ciudad materna, de la cual es un apasionado. Y en verdad esa ciudad de Guayaquil, centro motor de la República Ecuatoriana, merece el culto que le tributamos. Es bella hasta en su nombre mundial, sonora y rutlante. A lo largo de la inmensa costa que se desarrolla en el Grande Océano, desde San Francisco de California hasta Valparaíso, si se exceptúa a la vieja y pintoresca ciudad de Panamá, no hay otro golfo ni río, ni costas, ni puerto más bellos que los de Guayas. La naturaleza ha hecho derroches de tesoros vegetales. Los hombres han tratado y tratan de hacer de su ciudad una de las más bellas y confortables poblaciones de la América del Sur, y con esfuerzo y amor lo van consiguiendo para bien no sólo de ellos sino de la América. Porque aquella ciudad de Guayaquil y su provincia constituyen uno de los parajes más ricos y maravillosos de todo el mundo tropical. El viajero que venga del Sur costeano el Océano Pacífico, después de sentir la angustia de las playas peruanas, estepas desoladas, arenales yermos y sedientos, queda de pronto deslumbrado al entrar en el Golfo de Guayaquil. El cuadro se ha transformado como por encanto. A la monotonía tediosa de la playa desnuda y aplastada bajo un sol de castigo, ha sustituido un mágico panorama pleno de vida y de exuberancia, de fecundi-

dad y de color. Allí está la *Virgen América* vestida con todas sus galas fastuosas y milenarias: islas verdes que parecen una ofrenda floral del Continente al mar; playas vestidas de espesos y lujosos bosques; un río anchísimo y rumbero que trae embarcaciones de todas clases cargadas de los preciados frutos de que es pródiga la naturaleza tropical. La brisa es tibia y está saturada de perfumes silvestres. En el cielo añil y radiante se contornea el sol del Ecuador. Siguiendo bajo el sortilegio del esplendoroso fasto ecuatorial, aguas arriba, el curso de ese río a pocas horas de navegación, se llega frente a la ciudad de Guayaquil que recorta su silueta airosa y blanca, rayada por un bosque de mástiles, entre la grama verde de la fronda y el azul bruñido del firmamento. Al norte, en lontananza, como un fantasma blanco, rompiendo las nubes con su frente alza su soberbia testa cana el Chimborazo. El, desde la vastedad de los horizontes, preside el cuadro y es como una divinidad tutelar de aquella tierra nuestra.

Nadie ama como los guayaquileños su suelo. Prueba de este amor llevado al arte es la novela de Rendón.

El protagonista--en el que la crítica empieza a barruntar aires autobiográficos, que el doctor Rendón, particularmente, me los acaba de negar, ha nacido en Guayaquil; pero fue llevado niño por sus padres a París, donde se educó hasta obtener el grado de doctor en medicina. Muertos sus padres, el regreso al terruño se impone para arreglar los vastos intereses vinculados allí y pertenecientes a él y a su hermana. Regresa Lorenzo Cilda lleno de amoroso interés, obediente al latido cordial, al llamado del suelo propio. Penetra como en un mundo nuevo donde todo le es desconocido aunque no extraño, y queda verdaderamente deslumbrado. La emoción del regreso, entrando en el golfo de Guayaquil y subiendo por el gran río, bajo el prodigioso fasto ecuatorial, tiene el verismo de cosa vivida.

Al primer contacto con la tierra nativa, en la isla de Puná, comienza la acción de la novela. Una mujer seductora, Delia Love, en la que el autor ha querido y ha logrado encarnar todos los encantos, atractivos, bellezas y seducciones de la mujer del trópico, sube al mismo barco en el que el doctor Cilda va a llegar a Guayaquil. He aquí cómo el autor, con morosa delectación ha delineado la figura de Delia:

Era guapa, en realidad, de una hermosura cautivante, original. En su rostro, que carecía de la regularidad del tipo clásico de la belleza griega, y al que apreciaba aún más, un lunar cerca del hoyo de la mejilla izquierda, la tez morena debía-

recordar a muchos la salada copla de la habanera: «Y las hay de color de canela . . . » Su semblante respiraba menos el candor de una inocente doncella que la viveza de una andaluza y la picaresca malicia de una criolla risueña y coqueta. De sus magníficos ojos negros velaban el fuego de las grandes pestañas curvas como los pétalos del *ñorbo*, que es una pasionaria de aquel suelo tropical. Bajo la nariz recta, pero pequeña, reía la boca de tamaño mediano, cuyos labios encarnados al abrirse para contestar al caballero anciano que la acompañaba, realizaron la nitidez de la dentadura, igual que en un estuche escarlata brilla con más puro oriente un hermoso collar de perlas. La cabellera negra, abundante, enrollada y prendida alto bajo el sombrero, cuyos rizos rebeldes acariciaban las sienes y la nuca, dejaba desnuda la frente como para que reflejara a las miradas la fuerza de la voluntad y también la franqueza del carácter.

La trama de la novela está formada por un conflicto psicológico admirablemente estudiado: el protagonista ha dejado una novia en Francia y, no obstante, se enamora locamente de una muchacha guayaquileña. Las dos están distantes entre sí, y son distintas, tienen sus encantos y atractivos peculiares. La una es Francia y la otra es el Ecuador. Lorenzo Cilda se enamora de su paisana, pero sin olvidar a la parisense, y amándola también aunque de distinta manera, con un amor apacible, casto, casi fraternal, en tanto que por Delia siente una conturbadora pasión. Esta, a su vez, se ha enamorado del doctor Cilda como se enamoran las mujeres de nuestra tierra, con toda el alma, aceptando el sacrificio y hasta la muerte. Entre estos dos corazones se interpone una valla casi insalvable de prejuicios sociales, de intereses creados, de conveniencias; y, luego, el juramento dejado en Francia.

Este conflicto angustioso del eriollo europeizado analiza muy bien el autor. Es el conflicto que todos los que hemos vivido en Europa largos años no podemos dejar de sentir. Cuando estamos en Europa suspira nuestro corazón por el terruño propio; y cuando en él estamos, no hacemos otra cosa que anhelar dejarlo para lanzarnos a los mares y volver a las tierras ilustres donde están las raíces de nuestra cultura. Es que nunca estamos bien en donde estamos, porque no estamos bien en nosotros mismos. Las dos mujeres en las que Rendón ha querido personificar el alma de sus tierras predilectas están admirablemente retratadas. Elena, la francesa, está apenas esbozada; es una figura evanescente, casi fantasmal. En cambio, la otra, la

musa del trópico, la ardiente, la montuvia, es un pasmoso verismo de fruta en sazón.

Los otros personajes que actúan en torno a los protagonistas también están admirablemente pintados. Lila, la hermanita de Cilda, es toda inocencia, candor y ternura. Aunque distante, aunque lejana, también como Elena, se la siente como a una hada tutelar junto al hermano querido. La señora Doral, la esposa del administrador de las fincas de Cilda y madrina de Delia, es uno de los tipos más deliciosamente trazados en esta narración. Es el tipo de la señora patriotera y charlatana que, venga o no venga a cuento, saca siempre a relucir la figura de Bolívar, con lo que parece la antecesora de ciertos señores que campan por allí llamándose *bolivarianos* y para los cuales el Libertador es cosa de su exclusiva propiedad y pertenencia. La madre de Delia, la ardorosa mulata, casada con el inglés Leve a quien abandonó para vivir su vida aunque poniéndose al margen de la sociedad, representa la mujer del trópico esclava de su sangre y de sus nervios. Ulbio, el primo, y amigo de Cilda, es el señorito pretencioso con ínfulas de noble y que constituye un parásito perjudicial que abunda y daña en nuestras democracias mestizas. El señor Doral, que ha hecho de padre de Delia y que ha administrado los bienes de la familia Cilda, es el hombre nobleto, honrado a toda prueba, servicial y probo a la antigua usanza. Y luego, la simpática figura de la tía de Lorenzo, la señora solterona que tiene para el sobrino todas las ternuras, todos los mimos, todos los cuidados y las complacencias de la mejor de las madres, es una persona que se encuentra en nuestras familias con feliz frecuencia. Muchos tenemos y hemos tenido en el Ecuador la dicha inefable de contar tías toda bondad, todo maternidad.

Tales son los personajes de la amable farsa en la que el principal y magno protagonista es el amor en dos manifestaciones esenciales: el amor al terruño nutriz y el amor a la mujer que ha nacido en él, y que es para el hijo de esas tierras barro de su barro y alma de su alma. El proceso amoroso de Lorenzo y Delia, está admirablemente tratado por el autor. Primero la simpatía mutua; luego, en ella, la admiración por el hombre europeizado; en él, la atracción por la criatura de su tierra, por la que es como parte de ella y como la personificación y el alma del paisaje. Procediendo de estas límpidas fuentes, la linfa amorosa va por un cauce subterráneo, pero engrosando hasta tornarse incontenible y reventar en una hirviente catarata de pasión que se lanza desde las serenidades de la vida cotidiana a los abismos de lo trágico.

Si los caracteres están bien dibujados y la trama mejor urdida, todo ello palidece ante la soberbia belleza magnificente del fondo. *Lorenzo Cilda* es novela tropical por excelencia. Empleando procedimientos que no se encuentran sino en grandes maestros de la narración, con la más sencilla y franca ingenuidad, el autor llega a dar notas fortísimas de color, de color y hasta de olor. A Guayaquil se lo sabe de memoria con todas sus calles, sus plazas, sus leyendas, sus rincones, como que don Víctor M. Rendón es, si no recordamos mal, autor nada menos que de un plano de Guayaquil en verso. Empero, no es al tratar de la ciudad donde explenden las dotes descriptivas en las que se revela como un verdadero maestro don Víctor Manuel Rendón. De lo más acabado del libro es el viaje que, por los ríos Daule y Balzar, realiza el protagonista hasta llegar a sus magníficas haciendas del *Almacigal*, en el riñón de la provincia de Los Ríos. Este viaje fluvial diríase que nos da, directamente, sin intermedio de la palabra, una impresión visual, colorida y dinámica, como la de la última cinematografía polieroma y sonora.

Vienen luego los días gloriosos del *Almacigal* donde se devana el idilio hasta estallar en una explosión de amor en la tarde aquella en que Delia y Lorenzo vienen del entierro de Pepita, la niña huérfana del guarda asesinado. Al salir del cementerio humilde de la aldea, estalla la pasión afirmando el supremo triunfo de la vida y apareciendo, por el ambiente de fragancias, de ritmos, de flores y de aromas que le rodean, como nueva una escena de declaración amorosa que es eterna como la humanidad.

En esta novela ecuatoriana el autor se complace en pintar la selva en diversos momentos: cuando, a la hora de la siesta, el trópico parece dormir un sueño cataléptico que no logran turbar ni los cantos de las aves de innúmeros colores ni el rumor de miríadas de insectos; y cuando la tempestad desencadenándose sobre la selva tiene una emoción de apocalipsis. Cuando el alba hace llover sobre el verde mayor de la floresta una lluvia de rosas pálidas. Cuando los mediodías incendian y embriagan el paisaje. Cuando los atardeceres lo arropan en violetas dulcemente. Cuando en las noches las estrellas asactean a los campos y la luna los envuelve en argentados velos. Diríase que en la ópera de supremo espectáculo del trópico se desarrolla la *danza de las horas* mediante escenógrafos y músicos naturales. Mirad y escuchad la mañana en el trópico:

Los rayos del sol doraban ya las copas de los árboles que formaban grupos sombríos al rededor de la casa. En los potreros, la vida renacía animada entre las reses. Los pájaros saludaban con trinos la vuelta del día, especialmente el *hojero*, que sólo canta cuando amanece. Palmas y bambúes imprimían allí también su soberano encanto a la tierra. La fragancia que despedía un cafetal de veinte mil matas atrajo hacia él la mirada de Lorenzo, que se complació mirando las blancas flores y las frutas encarnadas, semejantes a cerezas oblongas. En la margen del río cubrían la vega el arrozal, donde saltaban las codornices, y las anchas hojas del tabaco.

Mirad y escuchad la plenitud meridiana:

Bajo la bóveda gigantesca que el sol, triunfante encima de un cielo sin nubes, flechaba con ardientes rayos sin lograr atravesarla, avanzaban entre dos murallas vivas, impenetrables, formadas por el empuje formidable de la savia sobre la tierra ubérrima. La naturaleza había edificado allí con frenesí los laberintos de intrincada arquitectura, atrevida pero original, grandiosa.

La apretada espesura brotaba del suelo tapizado de césped entre un mar de helechos de cuyo seno se elevaban y se dilataban sin verse el fin, las columnas de esbeltos talles, de corpulentos troncos coronados unos y otros, a desiguales alturas, por las robustas ramas, cuyo follaje se extendía, enredándose fantásticamente, o descendía de las copas formando cascadas verdes. De todos lados se alargaban los caprichosos brazos y crecían los delicados retoños, manifestando todos los vegetales la alegría de vivir, de crecer libremente, de multiplicarse, prodigando infinidad de flores y asombrantes frutas. Todo un territorio de gigantes había allí que erguían soberbios los frentes y tendían los vigorosos brazos dominadores, para luchar entre sí y robar al vecino la mayor parte de espacio que pudieran. En la incesante lucha, prodigioso era el esfuerzo de las hierbas, los arbustos y los árboles, que parecían precipitarse los unos contra los otros, enlazarse, agarrarse con las ramas, las hojas y las flores, herirse con las espinas y ahogarse con las llamas y las plantas parásitas, que los ataban poderosamente para siempre, acababan por mezclarlos y de la íntima unión hacían surgir vástagos híbridos en un inconcebible derroche de vegetación estupenda.

Mirad y escuchad el crepúsculo ecuatorial:

Con el crepúsculo vespertino, los matices de los árboles y de los terrenos variaban de aspecto, palidecían y se oscurecían progresivamente. Soplaban el aire menos ardiente y reinaba mayor silencio en ambas riberas, que sólo interrumpía, de vez en cuando, el ladrido de un perro. Las lumbres como estrellas terrestres, iban encendiéndose poco a poco en las habitaciones marginales del Daule. Lorenzo en esa hora exqui-

sita del día que espiraba, sintió su corazón impregnado de dulzura infinita y llegarle al alma la poética serenidad de los campos inmóviles, donde penetraba el misterio de la noche, poblándolos de sombras, hasta que fue la oscuridad completa.

El regreso de Lorenzo Cilda a Guayaquil cierra la serie de paisajes. Los últimos capítulos de la novela son de vida ciudadana. El ambiente refinado y orgulloso de la alta sociedad guayaquileña, de la cual es miembro prominente el autor, está pintado de manera perfecta y con una gran facilidad, puesto que don Víctor Manuel Rendón habla de cosas suyas. La descripción de la fiesta en casa de la madre de Delia, en un ambiente popular y pintoresco que allá llamamos de «medio pelo» es también acabada. Todo está visto y vivido; y es humano y emocionante el momento en que la infidencia de Ventura, la mulatita desdeñada, hace estallar el drama en el corazón de Delia.

Este pedazo de vida, arrancado a la vida por el arte, termina con el horroroso incendio que casi destruyó a Guayaquil en el año de 1905. Es aterradora y tremenda la visión de la ciudad adorable erizada de llamas y crepitante en el martirio. Lo es asimismo la de la mujer que simboliza a Guayaquil atravesando entre escombros como una antorcha viva y expirando en el cerro de Las Peñas sobre un inmenso pedestal de tragedia en brazos del desesperado Cilda.

La forma empleada por el novelador es la más sencilla y natural, sin el afán de querer hacer estilo; con una limpidez que hace que se lea sin sentir, de un sorbo todo el libro, que para ser encantador no deja ni siquiera de tener sus lunares postizos, de esos que usa esa vieja pintada que es Doña Retórica.

En el diálogo es hábil el autor como hombre que ha escrito para teatro.

Hay que tener en cuenta a propósito del estilo que la novela *Lorenzo Cilda* ha sido concebida y escrita originariamente en francés, idioma que el autor domina al igual que el suyo materno.

Esta hermosa obra ha sido creada y escrita muy lejos del Ecuador, en el ambiente tranquilo de la Suiza feliz. Así, no se recoge en ella sino la parte hermosa de la realidad ecuatoriana, el áureo anverso de la medalla. La naturaleza desbordante en sus dones, el ambiente espléndido de luminosidades, de ritmos, de fragancias, de colores. Las más preciadas frutas, las más divinas flores, los más prodigiosos pájaros abundando en una opulencia paradisíaca. Diríase que esa tierra es Jauja o El Dorado famoso que los españoles persiguieron como una visión. Las gen-

tes son patriarcales y, en su mayoría, sencillas y bondadosas. Los trabajadores y los amos viven en una armonía perfecta, en relación familiar. Lo que no asoma por ninguna parte, y ni tampoco se le puede exigir a un autor que en una sola obra haga todo, es el reverso de la medalla. El arte literario, se ha dicho, no es otra cosa que la realidad vista al través de un temperamento; lo cual en esta obra resulta ciertísimo. Nuestra región del litoral, vista al través del prisma luminoso y bondadoso de don Víctor Rendón, tenía que resultar así. Los propietarios que pinta el autor son como él mismo: todo cristianismo y caridad, todo humanidad y generosidad. Pero estos propietarios no son sino la excepción que confirma la regla inicua de los otros que son los terribles señores feudales, con el derecho absoluto sobre todas las tierras y, por tanto, sobre la vida de todos los peones a los que tratan como a siervos con lo que afrentan a una sociedad democrática y cristiana. Esos hombres han expoliado durante siglos a poblaciones enteras que, como en las épocas más negras del Medioevo, están enclavadas en terrenos que ellos dicen ser de su exclusivo dominio. Esos montuvios no son en su mayoría los hombres musculosos, libres, dicharacheros, cantadores y alegres que ahí aparecen. Hay muchísimos comidos por la depauperización, intoxicados por el alcohol, que es su único lenitivo, y consumidos por el paludismo que los va matando lentamente, ayudando a la obra de la tiranía latifundista. En fin, la pintura de la naturaleza pródiga es lo único verdadero de la interesante narración. La dolorosa realidad del agro ecuatoriano---Costa, Sierra y Oriente---donde hay tanto dolor abrumando a los de abajo, espera un nuevo Zola que le venga a relatar para que se conmueva el mundo.

César E. ARROYO.

Marsella, 1930.

NUEVOS RUBAYAT

(Fragmentos)

6

*Luz de la tarde, tórtola que añora,
Plañir del mar, otoño que se dora!
Nada hay más dulce ni más triste a un tiempo
Que ese amor de mujer que ruega y llora!*

7

*Al agua digo, al viento, ayer como hoy:
—Pasáis como un alud que fuese un sueño!—
Mas yo ¿de dónde vine y dónde estoy?
—Como agua vine y como viento voy!—*

27

*Cantaba un ruiseñor sobre un granado
Y el árbol parecía embriagado.
O un alma de mujer el tronco henchía,
O era aquel pájaro un poeta alado!*

32

*Pupilas de las viñas florecidos!
Rubias de luz y sol, claror de vidas!
De sólo verlas se abren los capullos,
Y su miel cierra todas las heridas!*

33

*Fué la sabiduría una cadena
Donde cada eslabón era una pena,
Y antes que jugo de sus nudos brote
Cantó el peñasco y floreció la arena!*

43

*¡Para siempre! es el canto de la vida,
Y todo son es-son de despedida.
Brotó un adiós de cada boca abierta,
Y es toda boca en flor boca de herida!*

45

*Toda vida es un pájaro perdido
En un desierto oceano de olvido.
Si al soñar nadie dice estoy soñando,
Nadie al vivir recuerda haber vivido!*

47

*Yo era en mi juventud un nigromante
Que hace oro el plomo y el carbón diamante.
Y hoy en la noche del olvido apenas
Un astrólogo ciego y delirante!*

72

*En husos de marfil vellón de oro
Hilé mi juventud, y el fiel tesoro,
Cual se deshila en lluvia estiva nube,
Se agotó canto a canto y lloro a lloro!*

92

*Fino metal en que mis versos labro,
Ya un día fue sagrado candelabro,
Nupcial anillo, imperatoria daga;
Y oro que sangra hoy del pecho que abro!*

100

*Porque en rosas y miel se abrió mi cuna
Mintió sonrisa eterna la fortuna.
Todo se mudó al fin, como se mudan
La onda, el viento, la mujer, la luna.*

115

*Si un cielo hay de eterna loa y gloria,
No amo mendaz su beatitud suasoria.
Amo la pena en que muriendo vivo
Que siendo mi tortura es mi victoria!*

122

*Todo así es vano y cuanto vive fuye.
Todo, suicida triste, se destruye.
La vida es polvo y el destino viento,
Y ni la muerte nada al fin concluye!*

123

*Como remedio que su trance arbitre
Mezcló el hombre el azufre con salitre,
Y dió a sus manos un perfil de garra,
E hizo su corazón buche de buitre!*

138

*Del sílice tenaz y mudo aprende
Que sólo el golpe del martillo enciende.
La chispa en tí como en la piedra late;
Mas sólo el rayo la montaña hiende!*

160

*Fue edificio en arena, en agua, en nieve,
Palabra confiada al aura leve.
Anhelo eterno arando el tiempo fútil,
Promesa escrita sobre el mar alevel!*

161

*Grandeza vana que el instante engríe,
De cuyos ceños el mañana ríe!
De polvo de sultanes está hecha
La copa en que el orgullo se deslíe!*

SUCRE

Conservar el delicado tesoro de altas virtudes entre las crudezas de la acción guerrera; mantener la armonía interior, la compostura espiritual, la serenidad y el concierto del ánimo, la delicadeza del sentimiento, la pureza del sentido moral mientras en torno se desata la tormenta revolucionaria que agita todas las almas y levanta, desordena y embravece todas las pasiones; ser manso, benigno, humano, sin mengua del valor y el heroísmo, cuando las influencias del medio, las circunstancias de la época histórica y las exigencias de la propia obra le inducen al rigor y la fiereza; ser recto y austero, amar el orden y la justicia, respetar la ley, la voluntad y la libertad de los pueblos salvando así los altos principios, las normas ideales que naufragan y se hunden cuando el río de los acontecimientos, hinchado e impelido por extraña corriente, arrolla y arrastra las voluntades y las cosas; ser desprendido y modesto cuando la fortuna le esmalta de rosas el sendero y la gloria le baña de resplandores la frente y el fuego juvenil le arde en el pecho y le mueve a la ambición y el fausto; ser pulcro y digno en el seno de turbias y cenagosas democracias que todo lo revuelven y corrompen, laborando en el grosero barro de sociedades primitivas que manecillan y deforman las manos y la honra de quien, desde lo alto de clara superioridad, se abaja a modelarlas; y ser leal hasta el sacrificio, hasta la muerte, hasta caer ahogado y victimado por las asechanzas, pérfidas y oscuras, de la canalla abominable que medra, se envalentona y ensoberbece al calor de la putrefacción y la revuelta, partes son de privilegiada calidad que componen armoniosamente un selecto espíritu, de aquellos que la vida forma con prolijo esmero por excepción singularísima y que la historia, a vuelta de innumerables miserias y caídas, ofrece a la contemplación de los hombres como un espejo de nobleza humana, como un ejemplar de belleza y excelencia moral.

Sucre, el Washington del Sur, señálase, con nítido relieve, entre el numeroso grupo de los héroes de la Independencia por aquel sello de medida, proporción y armonía. Arrebatados por el ímpetu heroico, todos ellos van, descompuestos y fieros, oponiendo reacciones violentas a las bruscas embestidas de los sucesos y a las fatales exigencias de la lucha, envueltos en el torbellino de

aquella realidad social e histórica, toda convulsa y trastornada, rompiendo todo freno, ahogando todo escrúpulo, rebasando toda medida. Pero hay una figura cuyo severo perfil no se descompone, cuyo espíritu armónico permanece claro e imperturbable, cuya acción, sin perder energía ni eficacia, se cife noble y elegantemente a los preceptos del honor, a las normas de la moralidad, al ritmo de la prudencia, a los dictados de la hidalguía.

Airosa figura la de ese joven héroe que cabalga y domina, con magnífico denuedo y pericia, aquel instinto exasperado de libertad, aquella pasión irritada, aquella fuerza altanera, aquel corcel fogoso de la guerra de la Independencia. Y con qué riendas de oro lo gobierna y acompasa, cómo le reprime el ímpetu y le sofrena los impulsos, cómo le impide malgastar el brío, cómo cuida de que nada le deslustre la nobleza y le quebrante el vigor.

E imprime así el el sello humano, la razón y el ideal del espíritu al frenesí de aquel instinto que se precipitaba en demasía; lleva a salvo los fueros del hombre, la legalidad y la justicia, al través de tantas vicisitudes, valeroso y resuelto, discreto y providente, sereno y amable, sin mancillar su decoro y su honra, luciendo siempre el brillo y entereza de un carácter diamantino que nada altera ni ensombrece sino es la muerte que, a los treinta y cinco años, apaga su juventud y su vida que, no obstante la magnitud y excelencia de la empresa realizada, ricas estaban aún de aliento y savia para fructificar copiosamente.

Y para justipreciar la valía de Sucre conviene reflexionar sobre cómo la acción, toda acción, al obrar en la realidad siempre dura e inerte o rebelde y tempestuosa, tiende a rebajar y limitar el espíritu del hombre que en la región pura de las ideas y en la abstención y continencia de una vida negativa tan en alto se imagina y tan impecable se siente. La acción, que es la piedra de toque para comprobar y aquilatar aptitudes y merecimientos y medir el temple y fuerza del carácter, cómo burla nuestros ensueños e ideales, cómo afrenta nuestra dignidad, cómo desmiente nuestras convicciones, cómo contraría nuestros designios, cómo tuerce nuestros afanes y deshace nuestras virtudes!

Es triste descubrir en la historia la contradicción profunda y lastimosa entre el pensamiento y la obra de los hombres, entre la grandeza del propósito y la pequeñez de la ejecución, entre la magnitud de la empresa y la escasez de sus frutos, entre la alteza de las doctrinas y principios y lo vil de la realidad en que tratan de encarnar que los escarnece y degrada.

La humanidad se desenvuelve y el progreso se cumple, es

verdad, pero para ello qué grande y doloroso esfuerzo; cuántas caídas y prevaricaciones para cada adelanto, para cada ascensión. Lucha patética y tenaz entre la realidad y la idea, entre lo que se concibe y proclama y lo que se realiza y alcanza, entre la inmensidad del anhelo y el flaco vigor de las alas es la vida de los hombres y la vida de los pueblos. Fulgura el ideal en la noche de la historia, parece que el alba se aproxima; la esperanza y la fe crecen y hacen milagros enardeciendo los corazones e inflamando a las muchedumbres; el nuevo día debe alumbrar una tierra y una humanidad regeneradas y alentar una vida más buena y más feliz. Pero la noche continúa, los hombres son los mismos, aquello que se ansiaba y esperaba fue una ilusión, y quedan el desencanto y la fatiga en el fondo del espíritu, y el dolor de siempre rebosa en los corazones que tuvieron hambre y sed de justicia, hambre y sed de ideal. Lo que el hombre alcanzó es poca cosa, lo que perdura es de poco valor, y la humanidad, cada vez más escéptica y pesimista, ahoga en el utilitarismo y el sensualismo la amargura de su ideal fracasado.

Y, sin embargo, sería temerario afirmar que la humanidad no avanza, que el hombre sea la misma fiera de los tiempos primitivos, que su corazón no se haya dulcificado y moralizado, que su inteligencia no haya ensanchado la esfera del conocimiento. Su andar es lento y trabajoso, cada paso hacia adelante le cuesta sudor de sangre y de muerte, la más leve realización del ideal es cosa ardua, conquista heroica, prodigio de creación. Pero ¿quién puede vislumbrar lo que ella obtendrá y creará en el indefinido desenvolvimiento de su ilimitada virtualidad?....

Si toda acción, al poner el espíritu del hombre en contacto con la realidad, empequeñece y oscurece el ideal y deslustra y abate la virtud, fácil es imaginarse cuán áspera sería la que tuvo de ejercerse en la guerra de la Independencia, en que sólo fue alto y noble y admirable el instinto soberano de la libertad mientras los demás impulsos y las otras fuerzas se movían en regiones de semi-barbarie. Los hombres que, como Sucre, levantan su armonioso ser moral, su virtud dignificante e idealizadora, el resplandor de su alma sobre el tumulto de los acontecimientos y el batallar de las pasiones, sobre las ceguedades, los egoísmos y los odios; y hacen valer y predominar en su acción la potestad y el influjo de altas normas, firmes e incorruptibles en medio de las pestilencias y destemplanzas del ambiente, contribuyen a vivificar en la conciencia de los pueblos la creencia de la dignidad y nobleza del destino humano y en que, pese a

la materialidad y grosería de los hechos, flota sobre ellos y los penetra y los clarea y los depura y los ennoblece y los fecunda el soplo espiritual, la llama generosa que emana de una visión y sentimiento superior. Sólo aquellos hombres, que supieron mantener la moralidad de su conducta y la idealidad de su pensamiento al través de las dificultades de la acción y de las durezas y resistencias de la baja realidad, prueban y enseñan que es posible un orden mejor, una esfera más alta a donde puede elevarse la humanidad, esta humanidad que aún no consigue llegar a la altura de sus ideas y concepciones.

Cuando en torno nuestro veamos desplegarse la vida política sin inspiraciones ideales, sin patrióticos sentimientos, sin impulsos generosos, sin respeto a la libertad y el derecho; cuando el despotismo hinque su garra en el corazón de los pueblos y lo amortigüe y ahogue, volvamos la mirada a la contemplación de los preclaros espíritus que, como Sucre, tuvieron el raro don de armonizar y sintetizar en su obra y en sus actos la virtud de la energía y la energía de la virtud y cuyo ejemplo debiera ser perpetuo estímulo para dignificar y elevar nuestros principios, nuestras acciones, nuestra vida cívica.

*

Se impone, al trazar la figura moral de Sucre, ponerla en paralelo con la del Libertador ya porque los dos se complementan en la guerra de la Independencia, ya porque es sobremanera interesante observar junto al genio tempestuoso de Bolívar el espíritu ponderado y discreto que lo modera y aplaca.

Los genios obran como fuerzas de la naturaleza por el poder incontrastable para destruir y crear, y, como las fuerzas de la vida, por la seguridad del instinto y el vigor del aliento con que lo fecundan y animan todo. Su modo de obrar, empero, adolece de cierta violencia desmesurada que espanta y conturba como el estallido del rayo. El golpe genial, el acto genial, brote de lo desconocido, trastorna el orden, rompe el equilibrio, desarregla el hábito y, locura sublime, crea y funda, realza y magnifica, alumbra y revela, fecunda e impulsa maravillosa y portentosamente. Pero su acción, que no puede contenerse en los cauces conocidos del obrar humano, salta y atropella, magnífica para apreciarla en la potencia dinámica del conjunto y en sus extraordinarios efectos y resultados; pero, en las menudas y delicadas fases de su desarrollo, cuántos defectos, e imperfecciones, cuántos males y heridas

y violaciones lleva consigo ese torrente desencadenado y cómo es menester la función discreta del talento y de la razón para moderar y corregir sus excesos.

Nadie desconoce ya en Bolívar la grandeza genial, nadie deja de admirar su heroicidad relampagueante y fulminadora, en su visión aguileña y soberana, en la fecundidad y multiplicidad de su espíritu y de su obra. Pero así mismo al volver la mirada y contemplar a quien, a su lado, comparte con él la gloria, al echar de ver junto al genio arrebatado esa figura armoniosa y amable, toda consonancia y sabiduría y llena de pujanza también; al observar junto al empuje del uno la ordenada fuerza del otro no se puede menos de amar en Sucre su humana condición, su preciosa cualidad de llevar las cosas con tanto pulso y acierto que parece que, aun siendo cosas de guerra y de ejecución difícil, van espontánea y naturalmente a su fin y remate. Nos es amable este héroe porque le comprendemos más cerca de nuestro modo de ser, más en armonía con nuestro espíritu, penetrado siempre de consideración, respeto y piedad para todos los hombres. Sucre es clemente, manso, reposado. Bolívar intimida y sobrecoge; se le adivina sin piedad ni misericordia al arrollar hombres y cosas en la concepción de sus designios y en la realización de su destino. Sucre, espíritu selecto, quizá no era capaz de violentar a las gentes y los sucesos para que dieran de sí «el milagro»; en cambio, su función es la función humana por excelencia, la que consiste en corregir y modelar las obras naturales, tanto las de los genios como las de la naturaleza bruta. Sucre se destaca en grandes ocasiones en esta labor de atemperar las asperezas de aquella época, ya mitigando los arranques del Libertador, harto imperioso y absoluto, ya tratando de atenuar la suerte de los vencidos, ya imprimiendo orden en los ejércitos y conduciendo los acontecimientos con maestría y juicio para dar cima a propósitos definitivos. El es quien escribe y celebra el tratado de regularización de la guerra y pone fin al bárbaro e implacable rigor de la guerra a muerte; él consigue, mediante su oportuna y delicada intervención, que el General Mariño no corra la misma suerte que el infortunado Piar cuya inmolación se habría evitado también, observa Villanueva, si en su causa hubiese intervenido un hombre como Sucre, dotado de prudencia valerosa, de autoridad y elocuencia, capaz de sostener con mano firme la balanza de la Justicia; él, con fina sagacidad y clara visión, rehuye la Presidencia vitalicia de Bolivia que el Libertador se obstina en establecer y que se la ofrece con insistencia, pues

Sucre comprende cuán grande error es creer que la educación de los pueblos, mayormente de pueblos jóvenes y rebeldes, requiera la dura e inquebrantable mano del despotismo; él salva la soberanía de Bolivia aplicándose a conseguirla con todo el fervor y decisión de su voluntad venciendo aun las vacilaciones del mismo Bolívar; y en las campañas, en la del Ecuador, en la del Perú, ¡qué arte para formar ejércitos, organizarlos, capacitarlos; qué seguridad para dirigirlos; qué resolución para llevarlos a la victoria!; y en el gobierno ¿quién aún hoy, puede aventajarle en tino, en espíritu liberal y democrático, en corrección administrativa, en abnegación patriótica, en su alto respeto de todas las libertades y derechos?

Cualidades y virtudes poseyó Sucre que parecen imposibles de desarrollarse en el ambiente de aquel tiempo. Sin perder contacto con la realidad, antes manejándola y modelándola sabiamente, nunca deja de ser el hombre severo y ecuánime, el patriota desinteresado. Es el azote del desorden, dijo Bolívar, y esto cuando el desorden es lo habitual. Asombra por su desprendimiento en medio de las ambiciones desapoderadas, por su mansedumbre en medio de tantos héroes crueles y bravíos, por su lealtad cuando los demás le vuelven las espaldas al Libertador y le niegan y ultrajan o le tientan con la dictadura o las magnificencias de la monarquía. Sucre es la ponderación y la equidad mismas.

Pero no hay que olvidar que el genio es el alma y la vida en estas épocas de transformación y crisis. Sin Bolívar, ahí habrían quedado en la sombra y la impotencia todas estas fuerzas y todos estos hombres. Sólo el empuje genial puede conmover y desatar el movimiento hasta realizar el ensueño. Los otros espíritus le ayudan, le siguen, le obedecen; pero sin su aliento y fuerza, imposible concebir aquellas empresas que transforman la faz del mundo social. Si Sucre no se abandona a sus desfallecimientos, si no cesa en sus empeños, si acierta a perseverar y triunfar es porque está ahí el Libertador que le sostiene en sus desmayos y le alienta en sus desesperanzas; no es exceso de modestia y de respeto lo que le hace decir a Sucre que si el Libertador no estuvo en Ayacucho, si estuvo en el corazón de todos los que allí combatían; y que, cuando la victoria parecía huir de las filas de los patriotas, ella coronó sus esfuerzos al invocar el nombre de Bolívar. Es la confesión sincera de la más grande verdad. Bolívar, real o virtualmente, es quien triunfa en Boyacá y Carabobo, en Pichincha y Ayacucho. Su fuerza y su aliento están

en todas las voluntades y en todos los corazones encendiéndolos de fe, llenándolos de esperanza, infundiéndoles vigor.



En los primeros actos de su vida militar, Sucre se distingue por su valor y osadía, pero también «por la gravedad de sus consejos» y la corrección y disciplina de su comportamiento. Forma parte de aquella legión de quinientos paisanos armados que, bajo el mando de Piar, destroza miles de españoles en tres combates en campo raso. En Maturín y Cumaná figura entre los más audaces. Acompaña a Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez en aquella atrevida empresa de libertar tres provincias con un puñado de valientes. Pero cuando Mariño y Piar desconocen la autoridad de Bolívar y se rebelan, Sucre protesta y se retira viendo en el Libertador el único Director supremo de aquella guerra. Andando el tiempo él se granjeará la estima y la confianza de Bolívar y, ya Jefe, será «el alma del ejército y el azote del desorden» y en breve ajustará con Morillo el tratado de regularización de la guerra del que dijo Bolívar que era digno del alma del general Sucre porque lo dictaron la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia.

Viene al Ecuador investido de amplias facultades, para asumir por primera vez la responsabilidad de una campaña. Reveses y dificultades le esperan.---No se arriesga ni se precipita. Va lentamente, pero consultándolo y combinándolo todo. Su plan es bien concebido, su acción tan segura como definitiva. Reanima a Guayaquil, abatido a la sazón por dos derrotas seguidas, con la victoria de Yaguachi. Consigue un armisticio durante el cual, infatigable, organiza un poderoso ejército inflamándolo de entusiasmo. Y desarrolla su campaña con maestría y resolución. Campaña atrevida, admirable, en que burla y pasma al enemigo con movimientos tan rápidos e imprevistos, tan violentos y difíciles, que le obliga a arrojar al combate, a impulsos de la desesperación, y lo destroza en las faldas del Pichincha.

En Pasto domeña la rebeldía montaraz y fanática de esa gente con extraordinaria energía, obligado, la única vez en su historia, a contrariar su natural piadoso y magnánimo. La recia contumacia, la altanería insofrenable de aquellos realistas le constriñe, quizá, a ser cruel, cediendo a las imperativas y apremiantes necesidades de la guerra.

Pasa al Perú, cuando en este país la discordia civil, el

desacuerdo entre el Presidente y el Congreso amenazan dar al traste con la obra de la Independencia; y procede con singular tino observando serena e inalterable neutralidad entre los partidos. Las circunstancias le urgen, empero, y se pone a la cabeza del Ejército, instado por todos, para emprender la más trabajosa y arriesgada campaña. Ese Ejército aliado, indisciplinado y heterogéneo, sólo pudo convertirse en elemento eficaz de guerra en manos de Sucre, quien desesperaba de conseguir su cohesión, unidad y eficacia. Pero Sucre tiene un don asombroso para compaginar hombres y elementos discordes. Débase a su temperamento suave e insinuante, débase al nimio cuidado de los pormenores y detalles y al celo que despliega para atender a todo, resulta maravillosa su habilidad para formar ejércitos y organizarlos. El Perú es un caos: no hay Gobierno, no hay recursos, las fuerzas militares obran aisladas y con rivalidad; Santa Cruz, de manera inexplicable, deja que su ejército se disuelva y malogre; y Sucre, en frente de un enemigo poderoso, sin que nadie le secunde, a fuerza de voluntad, perseverancia y actividad, lo rehace todo, improvisa recursos, acrecienta sus fuerzas, organiza un magnífico ejército, lo mueve, lo alienta, lo enardece y, tras escaramuzas y movimientos ingeniosos y de gran ánimo, abate por completo en Ayacucho el poderío español en América.

Y va después a La Paz, y el guerrero de ayer, el hombre del arrojo y la temeridad, el joven héroe que sólo sabe de mover ejércitos y ganar batallas, se revela un gobernante modelo, un estadista dotado de raro sentido de justicia y legalidad. Pasma, en efecto, observar a aquel joven guerrero cómo se granjea la adhesión y el respeto de un pueblo extraño, turbulento y díscolo como todos los recién libertados; pasma verle, desprendido y clarividente, rechazar la Presidencia vitalicia y ansiar, más bien, el retiro de la vida pública antes que atropellar los derechos y libertades de ese pueblo. Es en Bolivia lo que aún no aciertan a ser ni los políticos de hoy: un educador. Gobernar, entendiéndose por tal cosa el arte de imponer a una sociedad un orden determinado, no es tarea muy difícil cuando se cuenta con la fuerza; pero educar, dar hábitos de orden, enseñar el ejercicio recto del derecho, el uso legítimo de la libertad, hasta hoy no lo hace nadie en América. Hombres fuertes para el gobierno los hay, hombres cuya voluntad domina y oprime a los pueblos y los maneja a su arbitrio; pero ¿cuáles son los que pueden ir a la raíz del alma

popular para infundir allí, de modo indestructible y definitivo, el sentimiento del orden y la libertad? ¿Serán la fuerza y la imposición violenta el método mejor para labrar las almas, para modelar la conciencia de las naciones? Educar es, ante todo, enseñar a los pueblos a gobernar por sí mismos. Y no se enseña a ser libre en las leyes y los códigos. Se aprende la libertad ejerciéndola, se conocen los derechos practicándolos al amparo de gobernantes que los estimulan y respetan. Pero ¿dónde encontrarlos en este grupo de pueblos libertados por Bolívar y Sucre que aún arrastran vida lánguida y retrasada, donde el sentimiento político de sus hombres adolece del terror de la libertad?

Sucre trató, por instintiva manera, de capacitar a Bolivia para el gobierno democrático y republicano. Aquel magistrado que preguntaba todas las mañanas «¿qué dice de mí el pueblo?», ansioso de conocer la voluntad popular para ir de acuerdo con ella, que gustaba de que el Congreso le rechazara algún proyecto de ley para probar que los Diputados «tenían plena libertad en sus deliberaciones»; que se empeñó siempre por legalizar todos sus procedimientos mediante la frecuente reunión de Congresos a los que rodeó de prestigio y respeto; aquel magistrado fue, en verdad, una excepción muy rara entre la turbamulta de políticos americanos que han adquirido el hábito de gobernar a espaldas de los pueblos y sin asomos de legitimidad. Sucre cometió un error inicial: el de contribuir, contra sus convicciones y sólo por complacer a Bolívar, a la aprobación de la Presidencia vitalicia que establecía la constitución boliviana. Designado para ella, no la aceptó, es verdad, pero esa institución aparecía en la ley fundamental de Bolivia lastimando los sentimientos del pueblo y dando un motivo o un pretexto a la rebelión de los demagogos. Imaginar que estos países se hayan de organizar sin libertad, es ir descaminado. La Independencia despertó, exaltó, irritó hasta el delirio ese sentimiento que, por otra parte, fue lo único noble y admirable de aquella época; y ese sentimiento, que embriagó y enloqueció a los pueblos americanos, está latente y vivo en el fondo de sus almas, esperando el cauce, la forma en que habrá de circular y regularse. La libertad será para estos pueblos el aire y la luz, pero, por desgracia, nadie se atreve a ensayarla; todos la temen y la ahogan.

Viene Sucre de nuevo al Ecuador, donde está ya su es-

posa, donde su corazón ha echado profundas raíces que lo habrán de vincular para siempre, con lazos más íntimos que los de la guerra y la gloria, a esta porción de tierra que hoy guarda amorosamente sus restos. El Perú, que acaba de invadir a Bolivia, se vuelve contra Colombia y se alza a pretender señorío sobre territorios cuya vinculación nacional está muy clara, ingrato y desleal con los Libertadores y con la nación sin cuyo socorro aún sufriría el dominio español. Pero, una vez más, Sucre está allí para atajar audaces pretensiones, ridículos conatos imperialistas y castigar infames procederés. Tarqui es severa lección, dada con porte hidalgo e irreprochable, que el Perú no aprovecha, antes muy luego la burla beneficiándose con el trastorno ulterior que desagrega la gran Colombia.

Por fin, acude Sucre a Bogotá, siempre fiel al Libertador, dispuesto siempre a acatarle y reconocerle como al hombre superior a cuyo esfuerzo prodigioso de visión y voluntad se debía la enorme obra llevada a cima. Trata allí de afianzar de nuevo la autoridad de Bolívar y evitar la disolución de la Patria que los dos fundaron. Tarea vana, tarea imposible. Nuevo error que Sucre comete llevando de su adhesión inquebrantable a Bolívar quien, no obstante la irremediable declinación de su espíritu y de su estrella, se obstina tercamente en mantener su influencia cuando su retiro era el imperativo que exigían los pueblos y el momento histórico. Lamentable ceguera de los caudillos y de los hombres de gobierno! ¡Ceguera que ofusca aún a los genios y a los espíritus superiores! Aferrarse al poder a la hora misma en que debieran renunciar a él! Hipertrofia de la personalidad que, engañada, cree aún en su aptitud y su fuerza cuando, sin conjunción con el medio no le cabe sino el apartamiento! Sucre tuvo el ansia de separarse de la vida pública, el talento de retirarse oportunamente, pero su fe en Bolívar, la influencia profunda que ejercía en él el Libertador, le llevaron a convertirse en el blanco de los odios y las pasiones. Y además su prestigiosa juventud debió inquietar a los caudillos que trataban ya de apropiarse del mando de estos países. Y cayó en impía celada, llena aún su vida de alientos generosos para derramar sobre los hombres y los pueblos el tesoro de su voluntad buena y sabia.



Perece un héroe griego, de los que formaban la armoniosa

cultura estética de la Hélade, por la limpieza y perfección de la figura que enciende la pasión de la libertad sin alterar la eurtimia del espíritu altamente sereno. Y de mayor belleza aún por la fuerza del contraste con los tiempos y los hombres que le rodean, y por la dulzura del alma que, en medio de tantas cosas ásperas y fuertes, él sabe recatar y conservar. Extraña y admirable complexión espiritual la de este joven guerrero a quien ni la gloria, ni la fortuna deslumbran y que, en todas las ocasiones y en todas los momentos, manifiesta cierto menosprecio, cierto desasimilamiento de los honores y pompas que le envuelven. Alma de filósofo, quizá, en lo íntimo del espíritu bélico; plácido sentimiento platónico que sosiega las inquietudes de una vida entregada a las peripecias de una acción arrebatada y varia; alteza del instinto moral que depura y limpia las miserias de la política de pueblos enloquecidos; ansia viva de soledad y alejamiento, de vida apacible en medio de los alborotos y grandezas de la situación a que le hubieron llevado sus merecimientos; esto era Sucre, acaso, en lo recóndito y secreto de su ser profundo.

Porque, en verdad ¿cuál es en Sucre la mayor aspiración, el más ferviente deseo? Huir de la vida pública, ocultarse en las sombras tibias de su hogar dulce y tranquilo. Vuélvese en Sucre una verdadera manía, que revelan sus cartas, ese su deseo de renunciar a cuanto tenga que ver con la política y retirarse para siempre a la vida privada. ¿Qué profundo disgusto de los hombres y las cosas le invade hasta el punto de acariciar como la más grata ilusión su definitivo aislamiento y pensar en su hogar como el único y más placentero refugio? ¿Qué hondo desencanto, qué mortal fatiga se le entra en el alma y le mueve a anhelar, con tanta porfía y ahinco, la liberación de todo lazo y toda cadena que le una a la obra que acaba de realizar? Pesimista y desengañado a los treinta y tantos años, cuando su carrera política, afianzada en su prestigio y gloria militar, tiene magóificas perspectivas, él sólo siente con frenesí la necesidad de separarse de compañeros y amigos y olvidar, se diría, todo su pasado glorioso para disipar tal vez el dejo amargo que le queda de su vida de triunfos. Mientras los otros se alzan y se rebelan, desleales, ambiciosos y anárquicos, y cada uno, sin consideración ni respeto por el Libertador y los derechos e intereses de los pueblos, dá pábulo a su pasión de mando y escoge su presa; mientras Páez se aperebe a hincar la garra en Venezuela y Flores sueña ya con la dominación del Ecuador y Santa Cruz traiciona a su misma patria alentando en el Perú la pretensión de sojuzgar a Bolivia y

Santander es el alma de la conjuración de Setiembre; mientras en torno todo es enfurecerse las pasiones y agigantarse los odios y encenderse la guerra civil y volverse la política confusión caótica y trastorno vergonzante, sólo Sucre permanece leal y firme y sereno, sólo él habrá de erguirse en su desprendimiento para proponer a los militares, previendo el mal que se incubaba ya en las entrañas de esta parte de América, que «se prohiba ser Presidente o Vicepresidente de Colombia a los Generales en Jefe y a los otros que han obtenido los altos empleos de la República». Sucre pudo ser el Washington del Sur si en sus manos hubiese estado la dirección suprema y la suprema autoridad y si los elementos sociales de estos países hubiesen dado de sí algo más que la fuerza bravía y el empuje heroico. Espíritu cabal, ricamente dotado, sobresale no obstante el vivo contraste que forma con su medio y con el carácter y condiciones de los personajes históricos con quienes obra. Guerrero, acierta a maravilla a imprimir orden, disciplina y alma a fuerzas desbaratadas e indómitas. Hombre de Estado no puede comulgar con la realidad, no se connaturaliza con el estado social de estos pueblos. Y no porque el hombre de Estado sea inferior al guerrero. Muy al contrario, el hombre de Estado lo es de tal talla que ha menester un gran pueblo, un pueblo culto y capaz de vida legal y libre para cabal lucimiento de sus aptitudes. Harto crudo y basto era el escenario que le deparaba el destino. Sucre, el hombre que respetaba la ley y la voluntad de los pueblos, que buscaba bases sólidas y firmes para asentar y levantar airosoamente el edificio político de una gran República, cuya aspiración fervorosa fue dar libertad y orden a Bolivia, que rehuyó la Presidencia vitalicia contrariando la expresa y terminante voluntad del Libertador, capacidad y alientos mayores tuvo para estadista que para militar. Sin embargo, su gloria militar está más alta que su prestigio político; su figura se destaca con más brillo en Pichincha y Ayacucho que en la gobernación de Bolivia, porque el guerrero encuadra al justo en aquel medio inflamado para la guerra, vivo y palpitante de ansia salvaje de libertad. Arduo era domarla y encauzarla para la guerra organizada, pero tarea imposible reprimirla y encerrarla dentro de los límites y normas del orden civil. En esa exacerbada altivez, en esa rebeldía salvaje escollarán todos los propósitos ulteriores de ordenar y civilizar estas repúblicas. Parecía que Sucre daba en el hito, atinaba con el método oportuno y adecuado; pero la influencia de Bolívar, que tendía al despotismo y la dictadura, le quitaba facultades y

embarazaba su acción. Estos pueblos estaban fatigados de Bolívar, es fuerza ver claro y confesarlo, y creían que «no habría libertad mientras hubiera libertadores». Los caudillos aprovecharon el ímpetu bélico y la rebeldía y altivez enardecidas, para asaltar el poder y desde allí sepultar la libertad. Ella ha tornado cada vez a encender los corazones y derrocar a los tiranos. Y en este círculo infernal nos revolvemos hasta hoy sin que se logre dar con la fórmula adecuada que satisfaga plenamente el sentimiento y dignidad populares y lo concilie con el orden y bienestar social.

Sucre, de gobernante, respeta a los ciudadanos, busca manera de legitimar su gobierno, rechaza todo cuanto pueda parecer imposición o violencia, siente horror de la perpetuidad del mando; es el espíritu discreto y firme que ni se propasa en la represión ni carece de energía para imponer el justo respeto de los fundamentos indispensables en que se asientan la vida y moralidad de un país. Sin embargo, conspiran contra su gobierno, atentan contra su persona. ¿Es el furor demagógico, es la felonía de los caudillos del Perú, es la disconformidad con la Presidencia vitalicia? De todo debió haber, es natural pensarlo. Pero todo ello no prueba que el espíritu y el método del Mariscal de Ayacucho no sean el único método y el solo espíritu que convengan a estos países, anhelantes siempre de libertad y siempre defraudados en su más cara e íntima aspiración.



Para Quito, para los quiteños, la memoria del héroe cumánés es singularmente querida. Sucre, como muchos, como el mismo Bolívar, cautivo y enamorado fue de la belleza opulenta y el profundo corazón de una mujer de Quito. Mujer atrayente y rara es la de esta ciudad silenciosa y quieta, religiosa y conventual, donde la lenta y callada vida y el sol radiante forman con primor la pompa del cuerpo y la profundidad ardorosa del alma. Tímida y esquiva al parecer, sentimental y romántica siempre, es también, cuando el caso lo pide, fuerte y varonil, capaz de grandes acciones, como lo prueban Manuela Cañizares y Manuela Sáenz. En la vívida lumbre de sus ojos y en el resplandeciente rosicler de sus mejillas se transparenta su alma, encendida de pasión, honda y vibrante de sensibilidad, en la que el ambiente de reposo de esta ciudad cercada de montes ásperos abre infinitas

perspectivas y estimula raras virtualidades para la vida interior, la de la fantasía y el sentimiento, la del amor y el dolor. Recogida, concentrada, ensimismada, lleva, como ninguna otra, dentro de sí, un mundo de afecciones y ejerce peregrina atracción como la de los abismos cuyo fondo no se ve, cuyos límites no se columbran, cuya intimidad se recata y se pierde en la sombra. A fuerza de quietud, de calma, de meditación solitaria, su espíritu despliega en sí inmenso poder de corazón e imaginación que gravita hacia el ser amado que lo llena todo, que lo absorbe todo en los espacios de su alma. No desparrama, no distribuye su riqueza entre varios objetos sino que, plena y concentrada, la rica esencia impregna y perfuma la vida de las prendas de su corazón: el esposo, el amante, los padres, los hijos. Y para ellos todas las facultades y potencias del espíritu elaboran y exprimen su jugo, penetrando y sondeando la inteligencia y la fantasía, los destinos, las posibilidades, los peligros; y fluyendo del corazón todos los manantiales. Cuando ama, se consagra a pensar y soñar únicamente en el objeto de sus ansias; cuando sufre, es sabia para el dolor, para ahondar en él y sutilizarlo, revolverlo exacerbarlo y abrazarse a él con ahínco pertinaz, con extraña y amarga delectación; cuando ora, se aureola de misterio y se llena de fervor religioso, arrebatada y luminosa de fe. Alma honda y rica, aún duerme en su ingenuidad, en su pasividad, en su inmovilidad. Aún se guarda y se recata en su candor, en su sencillez, en su desconocimiento de las cosas y del mundo. Aún permanece quieta y pensativa, absorta siempre en el dolor de amor y en el amor del dolor, alimentando como única función de su vida la lumbre de sus afectos y la llama de sus creencias.

Nada sabemos de la marquesa de Solanda, esposa del Mariscal de Ayacucho, pero nos la imaginamos, en su belleza y en su alma, un digno ejemplar de la mujer de Quito. Sucre ansiaba harto de gloria y de vida azarosa e inquieta, la ablución del amor de esa mujer para refrigerio de su espíritu abrazado en las fiebres de la política y de la guerra. ¡Qué de plácidos encantos, qué de ternezas y de dulzuras habría de encontrar en este hogar de Quito, tranquilo y manso como un lago profundo, que nada remueve ni enturbia, que está reflejando siempre la limpidez y pureza de un cielo luminoso y en donde esta buena y dulce mujer, abnegada y suave, sentimental y romántica, pone un toque de espiritualidad tan delicada! . . .

Sucre no gozó esta dicha, no alcanzó esta ventura, no pudo

disfrutar de este encanto suavísimo que le atraía constantemente. De vuelta del Congreso Admirable, más desencantado que nunca de la vida pública, regresaba a Quito, desembarazado ya de estorbos el camino del hogar, rotas ya todas las ligaduras y los compromisos, libre por fin para entregar su corazón y su vida a los suyos realizando así el único ensueño largamente acariciado, ese ensueño que, al ofrecerle un refugio delicioso en su existencia alborotada de guerrero y político, debió de esforzarle y sostenerle en sus desmayos, en las quiebras de su voluntad, en las congojas mortales de aquellas horas en que el ánimo se hunde, desolado y desamparado, sintiéndose inerte en medio de la corriente, contrariado y vencido por el destino, arrastrado a su pesar por la fuerza de las cosas. La pacífica y dulce vida que él entreveía al final de su carrera pública debió mitigar la acerbidad de su afán en las crueles horas del batallar y porfiar, darle sosiego y calma, comunicarle paciencia y serenidad en medio del trastorno y de la guerra.

No llegó a Quito. En oscuro rincón, un grupo de malhechores, viles instrumentos de la ambición imbecil y salvaje, le atajaron el paso y le quitaron la vida. «Si hubiese nacido en Europa, dice Carlos R. Tobar, acaso hubiera sido rey; como nació en América . . . le asesinaron». Es verdad. Estos países de América aún son barro grosero, tierras ásperas, patrias caóticas; todavía han menester depurarse y ennoblecerse para ser dignos de sus libertadores; aún requieren el soplo de nuevos genios para redimirse de su barbarie; aún piden la mano recia y sabia que los liberte de sí mismos y los enfrene y modele. ¿Llegarán algún día a colmar la aspiración de sus Libertadores? ¿realizarán en tiempo no lejano los ideales de Bolívar y de Sucre? Es fuerza creer que sí; es preciso esperar, tener fe en su porvenir y en su destino. Hay en ellos ardor y fecundidad de juventud, brío y vigor de voluntad, revuelo luminoso de altos ideales. Y el milagro y el prodigio han de producirse. El anhelo de libertad, ese instinto fiero y heroico, que fue lo único grande y noble de esa época, llevó a estos pueblos a la gloria. ¿Por qué mañana, la voluntad madura y reflexiva no habrá de llevarlos a la grandeza que dan el orden y el progreso?

*

He aquí la figura moral del Mariscal de Ayacucho, de aquel joven guerrero y gobernante que, si no tuvo el genio de Bolívar, fue su complementó y su correctivo. Figura digna de grabarse hondamente en la memoria de las generaciones, de estas generaciones de la joven América, tan menesterosas de altos ejemplos y altas idealidades. Que la estela gloriosa del héroe de Pichincha y Ayacucho las guíe y oriente, que su augusta sombra las cobije y ampare, que la virtualidad de su recuerdo las inspire, estimule y redima.

La gloria de Bolívar y de Sucre, el resplandor de sus espíritus dora aún nuestras frentes y puede mantener bajo ellas, venciendo y diciçando las sombras de todos los pesimismos y los desengaños, el fuego sacro de la fe y la esperanza que son, en la vida de los hombres y en la historia de los pueblos, la luz y la fuerza.

José Rafael BUSTAMANTE.

Quito.

POEMAS

LA ENVIDIA

A Manuel María Sánchez.

*Te envidio, marinero,
porque elegiste entre las dos mujeres
aquella de pasiones absolutas:
la mar voluble y única . . .*

*Su diáfana caricia,
honda y salobre;
su transparencia voluptuosa
que embruja con las gamas del zafiro,
y sus celos---prefacio de la muerte---
no cambian, marinero,
como no cambia el horizonte,
ni las mil ecuaciones del sendero . . .*

*Aquí estoy en la playa, sobre arenas de envidia,
admirando las curvas de tu bella querida!*

*Intratable es la mía. Se adorna en primavera
y da en romantizar en el invierno.
Es fúlgida en verano
y posa, para Rubens, en otoño.*

*Mi querida es la tierra,
con flores en el rostro y gusanos en el pecho.*

*Es falsa;
nos encona y nos tapa con cieno en las trincheras
para hacer de nosotros los guiñapos
descritos por Remarque . . .*

*Después nos pudre y al hacernos huesos
verifica con ellos la estadística
fatal de sus amores!*

*Dame tu barca, marinero! . . .
Déjame coordinar la ruta que conduzca
al puerto del reposo,
porque entonces, a solas, bajo el alto
mirar de las constelaciones
---como quien por amor ofrece vida y oro---
yo he de ofrendar a tu querida un cofre
pleno de lágrimas,
y el áncora herrumbrosa de todos mis dolores.*

HULA - HULA

A Federico García Sanchíz

*Con quirnalda de flores
me amarraste diez días entre ritmos y goces.*

*Honolulu, sirena del Pacífico
macerada de amor, de luz que reverbera
en el agua marina,
en las curvas cobrizas de tus hembras
y en el torso nervudo
de tus veloces nadadores.
Tú te adueñas de todos los sentidos,
Honolulu, alter--ego de la China,
dragón inadvertido
que engulles, noche a noche, millares de viajeros . . .
En tu mar de berilo,
piden puerto las naves del Deseo!*

*Es en el lobby del Hotel Moana.
Mujeres de Vancouver, de Sidney, de San Diego
y mujeres canacas bajo tules
que trémulos explican*

a Segismundo Freud y a Pablo Mantegazza.
Hombres de todas partes
las siguen, las hablan, se barajan con ellas
como naipes de pocker
sobre el lecho cosmopolita
del paño verde.

Paraísos que el Asia ha incorporado
a su vida proteica y milenaria:
embriaguez, somnolencia,
espasmos y a la postre
absolutismo del Nirvana

Diablosa nevazón de cocaína,
humo gris de Macao
que surge de la estera
y asciende en espiral a los azules
jardines del Pecado:
estilación de Olvido
sobre el mórbido cuerpo de una flapper de Frisco.
En este
paraíso del mar
Película es el Goce, de gran kilometraje!

Por fin el Alba,
La luna, toda ojeras,
acaba de marcharse a casa.
Las noches de Oceanía
fabrican un peluche
más suave que la piel
abdominal de las canacas
Honolulu, noctívaga locura
de amor al ritmo de los ukulules.
Oh danza sincopada de caderas,
Oh guitarras langorosas de Waikiki,
Oh valsos que en la lejanía
suenan como ayes de amorosa justa

Sirena rediviva,
Honolulu, amatunte del Pacífico,
en cuyos flancos reposó la gente

*marinera de don Juan Gaetano:
 corbeta de Acapulco
 cargada de mantones y de sedas
 y después impelida a california
 por un cálido soplo de tifones.
 Voluptuosos almácigos de España
 que han dado a Micronesia reinas
 galantes como Lilinu--Kalami.*



*Honolulu, esta noche
 cien dólares me cuesta la tromba de tu goces:
 opio, nieve química, champán
 y, sobre todo,
 el mágico derroche de ignotas emociones
 que da tu hula--hula, tremante como el mar*

V. H. ESCALA.

Caracas. 1930.

QUETZALCOATL

El de Quetzalcoatl es el más importante de todos los mitos americanos. Tierras atrazadas por la civilización éstas del Nuevo Mundo, se quedaron salvajes no obstante que el Asia y el Africa y Europa llevaban ya milenios de cultura cuando el descubrimiento. Y por eso se hacía sentir aquella ansia mal expresada; ansia de ascenso que inquieta las almas, aún a las más depravadas.

En toda la América se hacía sentir el anhelo, pero es en México y más particularmente en Anahuac donde se hacen más agudos y donde encuentran por lo mismo expresiones más claras los problemas del Continente. Y México formuló en los ensueños de la mitología azteca el doble símbolo, resumen de todo el misterio de los destinos. Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. Pero venció Huitzilopochtli y a Huitzilopochtli se elevaron templos y a Huitzilopochtli se ofrendaron víctimas y entonces Quetzalcoatl emigra. Quetzalcoatl no sabe transigir, ni debe transigir, por eso se impone o emigra. Y no hablo de los casos en que lo matan o lo crucifican o lo asesinan, porque Quetzalcoatl es inmortal y resucita después de cada asesinato, después de cada crucifixión. Y sólo se hunden para no resucitar jamás los asesinos y los crucificadores de Quetzalcoatl.

Pero también sucede que así que Quetzalcoatl abandona a sus pueblos, los desampara. No es Quetzalcoatl quien sufre el ostracismo, porque donde quiera lleva Quetzalcoatl la cauda de su marcha y el aura del alma lo rodea como de un nimbo. Y al contrario son los pueblos los que padecen desconcierto y oscuridad después de cada viaje de Quetzalcoatl. Y además de eso el azote, la guerra, el exterminio, la persecución. Después de la crucifixión de Quetzalcoatl Jesús, los judíos se quedan para siempre sin patria dispersos por el mundo. Y sólo cuando logran disipar en su corazón las sombras del odio, los judíos dispersos se suelen sentir superiores, porque ellos, como el verdadero cristiano, sólo tienen una patria, el mundo y para nada les afecta ni el destierro ni la persecución ni la injusticia ni la inquietud. Tal y como nada de esto afecta a Quetzalcoatl.

Cuando los aztecas despidieron, licenciaron, expulsaron a Quetzalcoatl, no hubo ninguna catástrofe inmediata. Sólo se

vió que los templos de Huitzilopochtli crecían. Y los discípulos indefensos de Quetzalcoatl veían correr su propia sangre sobre los altares del enemigo Huitzilopochtli. Y las crónicas aztecas hablan todavía de la grandeza de aquellos reyes que mantenían colmada la sed de sangre del Dios Rojo. Y los brazos se fatigaban de matar. Y los brazos se hinchaban de tanto matar. Pero hay no sé qué ponzoña en la sangre, ponzoña que lleva su contagio hasta el brazo que hiere. Pues siempre se observa que el brazo que hiere es menos fuerte que el brazo que ampara. Y aquellos brazos de los guerreros que se habían hinchado en la matanza de los cautivos, no fueron capaces de contener el golpe de los brazos vengadores de los castellanos.

Y los aztecas han quedado, hemos quedado, no dispersos por el mundo, pero sí castigados, humillados en nuestra propia nación que es sierva del extranjero. Y creemos haber vencido a Quetzalcoatl y se cantan las preces de Huitzilopochtli, pero Quetzalcoatl invencible se limita a ausentarse. Quetzalcoatl no muere, se ausenta. Se ausentó de nuevo el día en que matamos al Presidente Madero, la aparición más reciente del Dios del amor y el bien. Perdió una nueva batalla Quetzalcoatl en la persona de Francisco Madero, pero puede volver, puede retornar una y cien veces Quetzalcoatl; sólo que mientras no se le acoja y mientras no se le obedezca será inútil su retorno. Y sus nuevos sacrificios servirán tan sólo para agravar la suerte de los aztecas contemporáneos. Quetzalcoatl no transige; o gobierna y manda o se va y no importa que lo despidan como a Quetzalcoatl legendario en una barca que se pierde en la línea en que se junta el cielo con el mar, según la frase de la leyenda. Ya sea que lo embarquen por el mar o ya sea que lo ametrallen, primero y lo sepulten después, muchos metros bajo la tierra. Quetzalcoatl se va luminoso siempre, por las aguas o por el viento, siempre inmortal. Pero las calamidades vuelven renovadas después de cada uno de los destierros y las ausencias de Quetzalcoatl.

La tierra argentina sufrió una de estas largas ausencias del Dios de la Civilización. Allí también la espada hería sin tregua y el más fuerte o el más astuto proclamaban victorias efímeras; y el extranjero acechaba, rodeaba los puertos de la Nación Argentina. Pero Quetzalcoatl tantas veces expulsado de México se fué por el Sur y llegó por el mar a la región del Plata y encarnó en un hombre rudo y bueno. Y el hombre se puso a estudiar y vió la injusticia y empezó a denunciarla y lo persiguieron los esbirros y lo condenaron los poderosos y huyeron de él los co-

bardes. Y el hombre bueno, Sarmiento, se puso a vagar y se fué por el mundo y no transigió con el mal y retornó como se fué, inflexible. Y en medio de los generales se vistió de maestro de escuela y sus prédicas fructificaron. Y la nación argentina le dió aquello sin lo cual no es posible ni civilizar ni educar, le dió el mando. Y de entonces procede el apotegma argentino que dice: gobernar es educar. Pero el educador no ha de ser siervo y sí mandatario. Y la Argentina, nación de pastores, se puso en seis décadas en la primera fila de los pueblos del mundo. Y todavía no se apaga del todo en el Sur la antorcha de Quetzalcoatl Sarmiento.

Y es ahora la patria de Quetzalcoatl Sarmiento la única de habla española que puede erguirse con éxito en frente del imperialismo y de la agresión. Y esto porque la civilización sólo se combate con civilización. Y todo porque es brazo que ampara y no el brazo que hiere el que defiende a las patrias.

Quetzalcoatl siempre vuelve y parece que vuelve con más insistencia, precisamente a aquellos sitios donde ha sido más sonada su derrota. Y eso no por testarudez sino porque la iniquidad suele preparar mejor las almas; las prepara para la redención. Cuando el botín se agota se debilitan los servidores de Huitzilopochtli. Y entonces en pleno desastre, cuando todo va quedando todo va quedando perdido, Quetzalcoatl aparece tranquilo y sereno. Pero con una serenidad que no está exenta de rayos y fulguraciones. El espíritu de Quetzalcoatl vuelve ahora sobre México y esto se conoce en la exaltación y el entusiasmo de las multitudes. A Quetzalcoatl se le reconoce en el hecho de que levanta a los caídos y enciende la esperanza en los que desconfiaban. Y pasa Quetzalcoatl por entre las vicisitudes, inflexible. Porque ni el éxito le doblega; ni con el éxito se compromete. Quetzalcoatl está por encima del éxito. Las aclamaciones hoy, los silbidos y las injurias mañana, o el vacío del miedo a su derredor, todo esto suena como los vaivenes del mar en la oreja sabia de Quetzalcoatl, oreja acostumbrada a los viajes y el cambio; por lo mismo que en el interior escucha el rumor que no cambia.

La nación mexicana entera está clamando por el retorno de Quetzalcoatl. Una vez más vamos a darle ocasión, una vez más procuraremos allanarle la senda. Otra vez como en antiguos días nuestros puertos están amenazados, peor aún, nuestras ciudades están invadidas, nuestros campos yermos, nuestra raza dispersa más allá de las fronteras. Y el viejo brazo hinchado de sangre

de los sacrificadores de Huitzilopochtli está también ahora impotente contra las amenazas de afuera. Huizil'opochtli vencido en su orgullo delante de los dioses extranjeros que le hacen gestos de befa, se revuelve en su impotencia. Y aún en sus turbios ojos brilla opacamente una débil ansia; él también parece volverse al Dios del Bien como diciendo: «Ensayá tú, ya que yo fracaso. Declaremos una tregua y empuña tú el destino». Y el pueblo que ha escuchado el diálogo tácito se levanta movido de esperanza. Pero la envidia y la traición y la perfidia no se resignan y siguen soplando a Huitzilopochtli su ilusión de poderío, y a Quetzalcoatl quisieran intimidarlo. Pero Quetzalcoatl sólo tiene oídos para las voces de adentro.

En un libro profundo, profético, ofensivo, el gran escritor inglés Lawrence nos habla de la Serpiente emplumada, *The Plumed Serpent*. Y proclama la alianza de Quetzalcoatl con Huitzilopochtli. Alianza por fortuna imposible, porque ella nos conduciría a crear un México tal como lo quieren nuestros enemigos; un México bárbaro. Al contrario, el corazón mexicano sueña en una alianza con todos los servidores de Quetzalcoatl en el mundo. Una reintegración o una integración de nuestra patria en la familia de las naciones que han aceptado la norma inflexible de Quetzalcoatl. La bondad y la cultura no son productos necesariamente extranjeros; la bondad y la cultura también pueden prosperar con caracteres firmes y autóctonos en nuestro suelo. Huitzilopochtli es autóctono en México pero también lo ha sido en todo sitio en que se juntan hombres. Y Quetzalcoatl que es del aire se sabe hacer de la tierra; sabe bajar a la tierra, pero no para amoldarse a ella; sí para imprimirle aliento. ¡Oh, México, tu hora es grave! O con Quetzalcoatl o con el nuevo imperio, que ahora más poderoso que el de los castellanos, avanza hacia el Sur, se extiende por todos los ámbitos. Y es fuerte porque conquista con escuelas. Trae en sus bajeles a Quetzalcoatl. Y así, Quetzalcoatl o sea la civilización tiene que triunfar en México. Si una vez más, sin embargo, degollamos a Quetzalcoatl autóctono, entonces ahora el castigo va a ser un Quetzalcoatl en inglés.

José VASCONCELOS.

EL MONARCA DEL PAIS DE LA NIEBLA

*Este era un príncipe nórdico
de estirpe mefistofélica,
pálido, brumoso y célibe . . .*

*Tenta una giralda
de esplín
en la ribera
de un lago esmeralda
Y un jardín de heliotropos . . .*

*En invernaderos de ópalo
cultivaba sus penas . . . !
Coloreaba a las horas
con azul de sus ojos,
exprimía las venas
de las violetas órficas
en sus párpados rojos.*

*No conocía al sol
sino en su cabellera.
Bajo la cera,
de su diáfana mano grácil
todo arte era un proteo fácil*

*Gnomos de pieles
azafranadas,
con el índice en los labios
encenaban el microcielo
de los astrolabios.
Y amontonaban babeles
de silencio, todas las madrugadas
El insomnio era su camarero
que al descender la sombra,
en un sótano negro*

*crucificaba al sueño
con tres aldabonazos . . .*

*La raza nómada
de los remordimientos
era su pueblo
Los lamentos
acampaban fuera de las murallas
ruidosas de los vientos*

*Alumbraban sus vigiliass
cortejos de luciérnagas
y escanciaban Canidias
su licor de vesania . . .*

*En una ojiva de la noche,
bajo el dombo celeste
---detrás de un monóculo de opio---
solía mirar su poderío propio:
la parda gleba estéril,
el hambre, el dolor, la peste . . .*

*Vestía siempre de luto
su fino talle impoluto.
Era «El Delfín Esqueleto»
y es que miraba la vida
a través de la córnea roída.*

*Bajo el cuarto menguante
decapitaba ranas
con guillotinas de diamante . . .
En relicarios áureos
coleccionaba canas
Y en los muros vacíos
de las salas siniestras,
clavaba mariposas
con espinas de rosas*

*Para impedir el curso de los ríos
levantaba enormes diques de basaltos
Quemaba en pebeteros de ónix*

queliceros de crustáceos exóticos . . .
 Y para impedir las auroras,
 al advenir la primavera
 armaba grandes flotas
 con esclavos desnudos

Cuando el Invierno
 abría sus esclusas
 y no resonaba el cuerno
 de caza . . . y se iban las gamuzas:
 se pasaba llorando,
 sobre la metempsicosis
 de las flores en copos

Para aplacar al viento
 ululante del Estío,
 en el nirvana cruento
 calsinaba sus más bellas Walkirias;
 y orquestaba el goteo tardío
 de clepsidras sangrantes . . .

Por los turbios meandros
 de sus ciudades muertas
 ---alumbradas por geysers de angustia---
 a lo largo de las noches inciertas,
 paseaba su mirada mustia,
 el monarca esquelético
 del país de la Niebla

Una opaca invernada
 sin luna en los caminos,
 por rutas congeladas
 en góndolas de nácar
 vinieron los suspiros . . .
 y hacia la Isla de los Lotófagos
 en el lejano ponto
 de los negros olvidos;
 llevándose se fueron,
 al misógino príncipe
 de los ojos dormidos

Oscar I. LASSO M.

PROSAS LIRICAS

ANGELUS

¡Cuánta tristeza flotando como una caricia sobre el campo dormido! No se mueve una flor, no cae una hoja, hasta el arroyo parece que se aquieta para no hacer ruido.

Es una soledad de sueño.... Blandamente, una voz queda, tibia, de brisa tímida, deshoja en secreto, en el silencio vespertino, en la claridad azul, una suave melodía.

Mi alma se embriaga. Hay algo en la luz que se aleja, hay algo en el paisaje que se borra, que adormece como un beso muy largo y entristece como una lágrima.

Suena la campana de la aldea que toca al Angelus, y todo en esta hora de paz y de silencio parece que contempla a Dios.

El sol se esconde.... El paisaje se pierde.... y yo me alejo mirando el paisaje dentro de mi alma.

EN EL SENDERO

Era en el campo. Los trigales ya maduros bermejeaban como mares de oro y ondulaban flexibles y dóciles al furioso empuje del viento que silbaba. Había mucha luz, de esa luz hiriente que para los espíritus enfermizos es hostil y dolorosa. La lejanía, por la transparencia del aire, parecía cercana y distinta, y su azul era una pincelada suave en medio de esa vívida y centelleante claridad.

Yo iba por el sendero saboreando un verso como si fuese una caricia. La soledad me era grata y mi alma se abandonaba como en un éxtasis a la evocación de melancólicos recuerdos. Me sentía invadido por una repentina tristeza, opresora y tenaz. Dolfame la vida como un castigo, y nunca, como en esa hora, sentí más hondo el estéril y vano sufrimiento de vivir. De pronto el lamento de un niño llegó a mí, angustioso y desolado. Conforme avanzaba, la vocecita trémula vibraba clara y enternecedora, y en mi corazón sentía despertarse una ansia vaga, de algo, para mí, desconocido y ya muerto. Al voltear un recodo, mis ojos ya húmedos contemplaron el cuadro dulce y tierno: sentada

sobre la yerba, una mujer joven aún, con el cabello destrenzado, sostenía en su regazo el cuerpecito débil del niño que lloraba. No advirtió mi presencia la mujer y siguió con sus largas y delgadas manos acariciando la cabecita infantil, mientras su mirada vigilaba, atenta, el ala del sueño que en silencio se plegaba sobre el espíritu del niño. La vocecita del pequeño desmayaba, se atenuaba, se perdía y sus ojitos negros y brillantes, al cerrar los párpados, exprimían las últimas lágrimas de su llanto. Se había dormido bajo el suave roce de las manos de su madre y su dolor había huído al hechizo de la maternal ternura.

¡Con cuánta emoción asistí al encanto de ese instante! Pensé que yo también tuve mi madre; pero en mi memoria no hallé el recuerdo de la caricia de sus delgadas y pálidas manos jugando con mis rizos de oro, adormeciendo mi pena, disipando mi bruma.

Mi boca jamás supo de sus besos, mis ojos nunca conocieron la dulzura de su rostro, nunca escuchó mi pobre y solo corazón la divina música de sus ternezas y cariños.

La imaginé morena y esbelta, con ojos negros y consoladores, y manos suaves, suaves para curar y para bendecir.

—¡Oh, madre! dónde estás? Oye mis penas y deja que tus manos, como dos niveas alas, vengan a posarse sobre mi espíritu dolorido y lo consuelen como a un niño que llora!

ALMA DE LOS CAMPOS

En las flores, en el agua, en la brisa, en todo creo sentir que se agita una alma, una alma delicada y tierna como la de un niño, una alma oculta que sólo la ve quien la comprende y la ama. Por eso me acerco a todas las cosas con la timidez y el cariño de un amante, y mis manos se hacen más suaves para tocarlas, y mis ojos irradian ternura, y nace en mi corazón un amor desconocido por todo lo que canta, por todo lo que llora, por todo lo que vive.

El jardín es para mí como un templo. Un fervor místico, una alegría religiosa cantan en mí cuando descubro la maravilla de una flor, cuando sorprendo el beso furtivo que una dorada mariposa pone en la lívida corola de un lirio, cuando escucho lo que dice la fuente en su rumor sonoro, cuando veo el último rayo de sol reflejarse en la quietud del lago.

¡Nada hay más triste que el deshojarse de una flor! Caen sus pétalos como lágrimas, con una queja vaga y misteriosa, y al

mirar su caída se siente la impresión que producen un cristal que estalla, un niño que se hiera, una mujer que llora porque no hay quien la ame.

Hay tantas almas en el campo! En las flores, en los nidos, en las fuentes y en las eras.....

Cuántas tristezas he ahogado en el perfume, en la luz, en la armonía de estas almas!

UNA LIMOSNA

Cae la lluvia, tenaz, inclemente sobre la ciudad brumosa. A veces un viento desolado y tormentoso estremece con ruido los cristales donde las gotas de agua resbalan como lágrimas.

Miro la calle desierta; escucho el sordo rumor de los chorros al rebotar contra las piedras; presiento el frío glacial de afuera que entumecerá los miembros, e instintivamente me recojo en mi poltrona, me hundo casi en su blandura como preservándome.

Un suave y dulce olor de jazmines y heliotropos perfuma mi cuarto. Es una fragancia femenil, llena de voluptuosidad, que tiene siempre vivo en mi memoria el recuerdo de un amor perdido. Y este olor me turba como una mirada y me excita como una caricia. Cierro los ojos porque me siento anegar de una deliciosa languidez, de un adormecimiento que no llega al sueño; quisiera que una aterciopelada boca me bese, que unas sedosas manos me acaricien.....

Un violín sentimental suena con voz doliente en una casa vecina. Su música es una triste lamentación sin alarde, una resignada queja confidencial. Yo la siento penetrar en mí como una pena que viniera de muy lejos, como del fondo de una época pasada, y ascendiera a mis ojos florecida en una lágrima que se desvaneciera sin caer. Me dejo emocionar por su voz que parece sonar largamente en el misterio de un parque abandonado, entre las ruinas de un palacio señorial, arrancada a una lira por manos invisibles.

¿Quién será, que dice así, tan bien, todos los secretos que yo he callado, todas las quejas que no he pronunciado, en el afán inútil de evitarle a mi pobre corazón la gota de hiel que lo rebose?

¿Quién llorará así, tan tiernamente, con las lágrimas que yo no pude verter, porque un dulce orgullo viril las contuvo en el límite de mi alma, por todo lo que no he sido y soñé en vano en el sueño ilusorio de mi loca juventud?

¿Qué resignación es esa, que así tan suavemente calma este

cruel desesperar. esta mísera congoja de mi espíritu, hablándome de ajenas infelicidades sin consuelo, de miserables vidas sin pan, ocultas, ignoradas, cuyo clamor de angustia se pierde entre el zumbar de colmena de la multitud indiferente?

Una tristeza casi lúgubre descende con las sombras de la noche desde lo alto del cielo nebuloso. Y mientras mi triste alma solitaria se prosterna a la puerta del Destino, mendigando un poco de felicidad, a mi puerta, otro mendigo, quizá otro soñador, pide, en nombre de Dios, una limosna.

DIVINO SECRETO

¡Abrete corazón! Deja que en tu tristeza tiemble la casta palidez de la luna maga, y vive tu sueño!

Deja que la noche como un olvido te aleje dulcemente de la brumosa realidad que te aprisiona y te conduzca como una hada blanca al país donde florece tu quimera.

Mientras todo duerme y calla, mientras la luna te ofrece el paisaje desierto en toda su grandiosa soledad, tú, corazón mío, deshoja en el aire tibio, como flores divinas, el frágil encanto de tus sueños albos. Enjambre de celestes mariposas son ellos que aletean cautivos dentro de ti, nostálgicos de un feliz e ignorado más allá.

Abreles la puerta de su dorada cárcel; que maten el azul espacio del alma con las fulguraciones de sus alas, que, amantes de la luna, novios de una lejana estrella, las miren en el cielo lucir inaccesibles, que vuelen alto, que se unan en maravillosa peregrinación hacia el ideal con los ensueños locos de otras almas bohemias, de otros corazones poetas, que también como tú, le cantan a la luna pálida la angustia de su divino secreto!

1914

Guillermo BUSTAMANTE.

A LA MUERTE DE J. C. MARIATEGUI

Los que se inician: José A. Llerena es un inteligente alumno de Literatura del Colegio "Mejía". Dirigió "Surcos", primicia de siembra.

*El risco está del vértice suspenso en la tiniebla,
corta una hoz la vida de un ramo que es amargo:
es el fin de lo malo. El hombre de la siembra
con su semilla al brazo hará el viaje más largo.*

*Irá desde esta pobre tierra que se acurruca
igual que cualquier niño cuya madre es ya muerta
hasta el país ilímite de la vara nocturna
que reparte la lumbré golpeando cada puerta.*

*Mariátegui se ha ido. Su huella está en el agua,
en la noche multánime, amiga y pecadora.
El, hará con pirámides, lejos de aquí, una fragua
para enviarla a los hombres en la próxima aurora.*

José Alfredo LLERENA.

Quito. 1930

LOS GRANDES PENSADORES

FEDERICO NIETZSCHE

Federico Nietzsche nació en Rocken el 15 de Octubre de 1844. Pertenecía a una familia de Pastores de la Iglesia; fue educado en la Escuela Nacional de Pforta; perfeccionose después en el aprendizaje de Filología clásica, en Leipzig, materia de la que fue profesor a la edad de 25 años, en Basilea, hasta 1879, en que renunció su cargo, por hallarse gravemente enfermo. Desde entonces vivió en diferentes lugares, sobre todo en Italia y Suiza.

En 1889, cuando tenía 45 años de edad y hacía su residencia en Turín después de un período sumamente intenso de creación, se vió atacado de enagenación mental, «*su sistema nervioso se negó a seguirle, cayó en un estado de honda descomposición espiritual*», hasta que sucumbió dolorosamente el 25 de Agosto de 1900, después de once años de sufrimientos y abandono. El período de su enfermedad coincidió trágicamente con el de difusión de su obra por los países cultos.

No es fácil determinar la escuela filosófica a que pertenece Nietzsche, pues sus ideas filosóficas son difícilmente comprensibles, de ahí que ha sido, también, objeto de las más falsas interpretaciones; pero participa mucho de la dirección de la *escuela positivista*. Rechaza la metafísica; considera las ideas de la humanidad desde el punto de vista de su valor biológico; hace del hombre voluntad, acción.

Nietzsche consagró su vida toda a meditar sobre el futuro de la humanidad, en su afán de cooperar, con su enseñanza, a la elaboración de ese futuro. Quiso resolver los problemas más importantes de la vida humana. Dió forma a nuevos ideales, como noble finalidad de las acciones del hombre, superando la estimación naturalista de la vida, como simple vida y estimándola mas bien por su valor como factor de desarrollo cultural. Le preocuparon hondamente los problemas culturales, sobre todo y en especial, el problema de la decadencia de la cultura alemana en los años 70 y 80; pero no se limitó a la labor estéril de hacer su crítica, sino que señaló rumbos de perfección. Por estos no-

bles ideales sacrificó su salud, sus amigos, su patria, su felicidad, su vida, y, en cambio, encontró la incomprensión e indiferencia circundantes, el odio, la calumnia, la cerril agresividad de sus contemporáneos. Muchas veces se vió abatido; pero supo resistir valerosamente, hasta que cayó para siempre.



Para una mayor comprensión de la filosofía de Nietzsche, precisa distinguir en su formación evolutiva tres períodos. En el primero de éstos influyen poderosamente en su formación espiritual Schopenhauer y Wagner. A este período de *exaltación romántica* sucede otro de *negro excepticismo* en el que se vuelve contra sus maestros Schopenhauer y Wagner. En el tercer período de su vida espiritual se delinea perfectamente el ideal que se cernía ante sus ojos, desde el principio, sin acertar aprisionarlo, el *superhombre*. Este es el período *Zaratústrico* en el que, además, combate la metafísica y expone su teoría positivista del conocimiento.

En el primero de estos períodos, cristaliza sus ideas en *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* y en *Consideraciones inactuales*. En el segundo período, su ideal se manifiesta en *Humano, demasiado humano, Aurora y la Gaya Ciencia*. En el tercer período, el más fructífero de su vida, aparecen sus ideas últimas en las siguientes obras: *Así hablaba Zaratustra*, *Más allá del bien y del mal*, *Para la genealogía de la moral*, *El ocaso de los ídolos y el Anticristo*.

Según Nietzsche recibimos el don de la vida sin quererlo y a medida que transcurre el tiempo nos vemos, cada vez con más fuerza, cogidos por el poderoso engranaje de la existencia. Una vez ante ella, precisa asumir una actitud y resolución conscientes, de ahí que Nietzsche quiere mirarla cara a cara, para adoptar una posición decidida. Declararse en contra de la vida es cobardía, debilidad, por esto se decide en favor de ella, afirma enérgicamente la voluntad de vivir; pero para quien afirma la vida, ésta debe de tener un valor positivo. Así como la felicidad o la desventura, el placer o el dolor, no pueden decidir sobre si la vida debe ser afirmada o negada, tampoco pueden servir de criterio para su valoración. Un individuo es grande por lo que es en sí mismo. La vida de los hombres realmente grandes es lo que constituye el valor supremo, al que deben de subordinarse todos los valores posibles apreciables según el grado en que contribu-

yen al desarrollo de las grandes individualidades. De acuerdo con esto, todo lo que contribuye a la aparición de las grandes individualidades, tiene un valor positivo y, en consecuencia, carece de valor todo lo que obsta o perjudica la formación de las mismas. Si se afirma la vida, lógicamente, se debe proponer, como noble finalidad de las acciones humanas, el desarrollo de la grandeza también humana. Pero; como los hombres, a pesar de ser todos ellos hombres, son muy distintos, resulta que se comportan de diversas maneras ante la vida y llegan a distintas valoraciones, distintas morales, distintas religiones, distintas filosofías, etc. La base, pues, de la filosofía de Nietzsche es la expresa afirmación de la vida a pesar de todos sus dolores.



Nietzsche estaba especialmente dotado para la poesía y la música; de ahí que en el primer período de su formación espiritual «*el arte y el artista genial constituyen el objeto de su interés*». Cree hallar el ideal del *gran hombre* en el *artista trágico de la música*. En su obra *El origen de la tragedia en el espíritu de la música*, expone precisamente sus ideas acerca del arte de los griegos, cuyos poetas trágicos le atraían poderosamente, reconociendo en él dos impulsos, el *apolíneo* que predomina en la escultura y en la epopeya, y el *dionisiaco* que culmina en la música y en la tragedia, o sea en la suprema afirmación de la vida a pesar de todos sus dolores. La música es el arte más adecuado para expresar el dolor de la vida y desafiar la afirmación de la existencia. Por tanto, en la reunión de la tragedia y la música se alcanza el punto más alto de la afirmación vital. Esta reunión verifica el poeta trágico, cuando produce la tragedia musical. La vida griega, en su concepto, culminó en los artistas trágicos.

Al mismo tiempo Schopenhauer le subyugaba profundamente, pero no aceptaba, como su maestro, que en la tragedia se pongan de manifiesto los grandes dolores de la vida para llegar a la negación de la existencia, por el contrario, creía que en ella se la afirmaba más. Las tragedias de los griegos deben de haber sido tragedias musicales, pero desgraciadamente, su música se ha perdido para nosotros. A su juicio, *Wagner es la suprema encarnación de su ideal de hombre*, es el trágico de la música, en él renace la tragedia de los griegos. En la humanidad se debe formar el espíritu de lo trágico, se le debe educar para esta noble finalidad. Sus modelos deben ser Schopenhauer y Wagner.

En *Consideraciones inactuales*, estudia los obstáculos que se interponen para la consecución de esta finalidad. El *filisteo cultivado* y la preponderancia de la *cultura histórica* son estos fantasmas. El filisteo de la cultura es el tipo de hombre mediocre, pretencioso, convencido de su propia cultura, la única, la verdadera. A este tipo de hombres se les debe combatir, aplastar, según enseña Nietzsche. Debido a la preponderancia de la cultura histórica, los hombres tienen su mirada fija en el pasado. Sólo en los tiempos pretéritos se ha producido lo grande. El presente ya nada nos da, ni el futuro nada nos ofrece tampoco. Para evitar esta desviación de los criterios, se impone reformar profundamente el estudio de la historia, poniéndola al servicio de la vida, y cultivar la genuina y verdadera cultura.

Pronto Nietzsche tuvo que abandonar este ideal de hombre. En el fondo, el trágico de la música podía ser un pobre hombre incapaz de algo más grande y elevado, a quien la vida le obliga a ser un comediante. Wagner le decepcionó por su inclinación al cristianismo, manifestado en *Parsifal*, por ese camino no era posible esperar una profunda transformación de la cultura. También le disgustó en Schopenhauer su dualidad al predicar la negación de la existencia, al mostrar los lados sombríos de la vida, y, sin embargo, afirmar su propia existencia.

Entonces entra en el segundo período de su filosofía al buscar el ideal de gran hombre en el espíritu libre de pensador. Lleno de odio hacia lo romántico, fija sus miradas en la realidad misma. Se deshace de todo prejuicio, para elevar sobre el mundo resuelto a contentarse con la verdad por pequeña que sea, antes que dejarse deslumbrar por grandes errores. Se transforma en sujeto de conocimiento, separa de la función de conocer toda participación que pudieran tener en ella los sentimientos e instintos. Tal es por lo menos la filosofía que informa sus obras de aforismos, *Humano, demasiado humano, Aurora y la Gaya Ciencia*.

El que afirma la voluntad de vivir, debe orientarse hacia la vida tal como lo es y no al mundo de los ensueños y fantasías. Nietzsche, creó, pues, que bastaba encararse con la vida real, para que comenzara la grandeza humana; que el *gran individuo* debía ser un espíritu libre y claro de pensador que, sin temores ni ataduras, se sierna en el aire claro y sutil, por encima de hombres, costumbres, leyes y valoraciones tradicionales de las cosas; que, en consecuencia, el objetivo de la vida debe de ser el espíritu libre y la cultura

dirigirse hacia el libre pensamiento; pero ya no cree que sea posible educar a la humanidad toda para este ideal, por el contrario, este ideal debe ser patrimonio de minorías distinguidas.

Este período de la vida de Nietzsche, es no sólo la liberación, sino también de concentración espiritual, pues se vió obligado a vivir lejos de sus amigos, de la sociedad, en abandono de sus obligaciones profesionales, dedicado perfectamente a su mundo interior.

Pero así como Nietzsche, decepcionado, se deshizo de su primer ideal de *gran hombre*, pronto, también, perdió su fe en el espíritu claro y libre de pensador que constituía su nuevo ideal. El libre pensar podía, también, ser una honrada medianía que afirmara su voluntad de vivir, como una conclusión a la que había llegado por caminos indiscretos. Por otra parte, la cultura exclusiva del conocimiento trae consigo la desecación y extravío de la voluntad y del pensamiento. Los artistas y los librepensadores, superan al resto de la humanidad nada más que en uno de los aspectos de la existencia. Por tanto, era necesario buscar su ideal de *gran hombre* por cima de los hombres. Entonces surge ante su vista el *superhombre*, su nuevo y definitivo ideal.



Zaratustra es el descubridor del nuevo ideal, al mismo tiempo que su suprema encarnación. A pesar de que Nietzsche presumía estar *más allá del bien y del mal*, de que defendía una virtud completamente exenta de toda moralidad, este período de su vida espiritual es netamente *ético*. A este período corresponde su teoría positivista del conocimiento, su odio a la metafísica. El mundo de los sentidos es el único verdadero; los mundos de la metafísica, de las diversas religiones, son *trasmundos*. Para Nietzsche, Dios, si ha existido, *está muerto*. La inmortalidad personal es un mito pero *cree en el eterno retorno de todas las cosas*. El supremo bien es la vida misma; pero no toda vida, sino la vida sana en la que predomina, como un secreto impulso, la voluntad, la acción, la voluntad de poderío. *Bueno*, es todo lo que eleva en el hombre esta voluntad de poderío; *malo*, todo lo que nace de la debilidad. Los débiles y los fracasados deben sucumbir; la compasión hacia estos seres es más nociva que todo vicio.

Todo lo que contribuye a la afirmación de la vida es *bueno*; todo lo que contribuye a menospreciar la vida es *malo*.

El *superhombre*, su nuevo y definitivo ideal, es un hombre que siente dentro de sí la entera plenitud y fuerza de los impulsos; pero que los domina victoriosamente, que conoce la vida, con sus lados sombríos, y sin embargo la afirma decididamente; que está por encima de los demás hombres, esto es, que, sin dejar de ser hombre, representa una especie más alta de hombres.

La esencia de la vida consiste en la plenitud de la existencia, henchida de la máxima pujanza interior. El hombre no debe aspirar simplemente a la existencia, sino al poderío. De ahí que los grandes individuos son los que poseen la plenitud de potencia interior y, en consecuencia, el *superhombre* el que reúna a la potencia máxima, el sentimiento de la más elevada potencia y la voluntad más fuerte de poderío; el que esté equipado con la mayor cantidad posible de apetitos e impulsos de la mayor fuerza, sobre los que ejerza plena dominación.

El *superhombre* ha de ser espíritu claro y perspicaz, ha de afirmarse a sí mismo y ha de afirmar su voluntad de poderío; se ha de valorar a sí mismo y no han de influir en su propia estimación, alabanzas ni censuras.

El *superhombre* es el ideal de las *almas señoriales*, esto es, de los fuertes, que de los que pueden gobernarse, regirse, dominarse a sí mismos, de los que no son esclavos de las opiniones dominantes, de las valoraciones vigentes, de las dificultades y peligros exteriores.

Las *almas serviles* son los débiles, los que no se pueden regir, dominar ni gobernar a sí mismos, los esclavos de las opiniones y valoraciones ajenas.

La moral de un hombre es la reverberación consciente de su íntima esencia. Los señores llegan a la moral de señores, cuyo fin es la producción del *superhombre*. Los serviles en una moral de esclavos que aspiran a la conservación de los espíritus débiles. La moral de los señores nace del alma de los señores, del ideal del *superhombre*. En otros términos, *bueno* es todo lo que fortalece, exalta el sentimiento, la voluntad de poderío. *Malo* es todo lo que debilita, menoscaba, deprime la pujanza, el sentimiento, la voluntad de poder. De modo que la voluntad de los señores es la expresión de su propia voluntad. Para los serviles, *bueno* es todo lo apto para sostener su propia debilidad, preservarla de daños, hacerle soportable. *Bueno* es el hombre débil, inofensivo, estúpido.

En la moral de los primeros, *bueno* significa, también, *distinguido* y *malo*, *despreciable*. El hombre distinguido es creador de valores; sus juicios éticos no necesitan aprobación, no admite deberes sino para sus iguales. La moral de los esclavos surge entre los oprimidos y miserables; es la moral de los degenerados, de los causados, de los débiles. Es una moral utilitaria.

Con el cristianismo las muchedumbres han hecho de sus juicios de valor los dominantes. La moral cristiana es el prototipo de una moral de esclavos (Anticristo). Lo es por su contenido, desde que considera malo todo impulso natural e incita al abandono de este mundo. Por su origen, desde que ha brotado en los bajos fondos del mundo antiguo. Por sus efectos, desde que conduce a la decadencia, a la conservación y multiplicación de la miseria. De modo que es un peligro para la humanidad.

Nietzsche combate la moral de los esclavos y aboga por lo moral de los señores; pero no quiere que todos sean sus preséritos, sino únicamente los que se sientan capaces de comprenderla, juzgan ilógico que a los esclavos se les predique la moral de señores, no la comprenderían.

Respecto a su ideal de *superhombre*, difiere su realización para un futuro lejano. Primero se debe aspirar a la formación de algo así como una nueva nobleza, la de los *distinguidos*, de cuyo seno puede salir el *superhombre*.



La influencia de la filosofía de Nietzsche, no siempre ha sido benéfica, sobre todo, tratándose de espíritus en formación, jóvenes e inexpertos. Nietzsche reduce el conocimiento al contenido de la conciencia; defiende concepciones enteramente realistas. El concepto de valor se halla en el centro de su filosofía, la filosofía de la vida es la filosofía de los valores.

Nietzsche trajo nuevas ideas para la investigación del origen y desarrollo de la moral, sobre todo, planteó la cuestión relativa al valor biológico de la moral. Se sintió en duro antagonismo con la concepción cristiana del mundo y de la vida. Admiró igualmente a los fuertes bárbaros y tiranos crueles, como a los hombres cultos, delicados y distinguidos que superan los horrores de la vida y se modelan a sí mismos.

El estilo de Nietzsche es magistral; su personalidad, profunda, delicada, egregia. Es guía para quienes aspiran a la libertad e independencia íntimas; a la fortaleza espiritual; a una humanidad más noble. Nietzsche influyó poderosamente sobre la vida espiritual alemana.

Alb. MORENO-MORA

Cuenca.

Cuadernos de Cultura

se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia, y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose, exclusivamente, en la lectura.

Estos CUADERNOS pondrán ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial. A este efecto, divide el plan de enseñanza en las secciones siguientes:

Política, Economía, Sociología, Derecho, Ciencias Naturales y Aplicadas, Geografía, Historia, Filosofía, Religiones, Arte, Literatura, Fisiología e Higiene.

El desarrollo de estas materias irá saliendo al público en forma ordenada y sistemática, con la intención de que gradualmente llegue el lector, por la simple lectura, a ver claro y hondo en todos los problemas que se relacionan con el pensamiento y la vida.

Queremos hacer obra útil; despejar el tópic de nuestra incultura nacional y remover los espíritus ante la comprensión de los problemas vitales que agitan el mundo.

Queremos que el hombre cultive su inteligencia y afronte, sin el miedo que da la ignorancia, las cuestiones que le plantea su vida de relación, y que presida sus decisiones la rectitud de juicio y la serenidad del pensamiento.

Si logramos esto, y llega a culminar nuestro esfuerzo por educar al hombre, nos consideraremos suficientemente recompensados.

Nuestra conciencia no aspira a otra cosa.

Se han publicado los siguientes cuadernos:

Socialismo, por Marín Civera.

Introducción a la Filosofía, por Fernando Valera.

Universo, por el Dr. Roberto Remartínez.

Liberalismo, por Fernando Valera.

La Formación de la Economía Política, por Marín Civera.

Sistemas de Gobierno, Mariano Gómez y González.

Higiene individual o privada, por el Dr. Isaac Puente.

Escritores y Pueblo, por Francisco Pina.

Sindicalismo, por Angel Pestaña.

Precio del ejemplar, 60 Cts.

Pedidos a la Administración de **Estudios**. Apartado
158. Valencia, España,

o a la

Administración de **Cuadernos de Cultura**. Gonzalo
Julián, 19. Valencia.

SINTESIS

Revista mensual de Ciencias
y Letras

Director:

MARTÍN S. NOEL

Secretario General:

HECTOR G. RAMOS MEJÍA

Suscripción anual. . . . \$f. 10.

Redacción y Administración:

Patricios 1750 - U. T. - 21.

Barracas 6037. Buenos Aires.

CULTURA VENEZOLANA

REVISTA MENSUAL

Director:

JOSÉ A. TAGLIAFERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado N.º 293

Caracas, Venezuela

Revista de las Españas

Publicación mensual de la

Unión Ibero Americana

SUSCRIPCIÓN ANUAL:

15 Pesetas.

Dirección:

Calle de Los Madrozo N.º 9

Madrid, España

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director-Fundador

VICTOR ANDRÉS BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N.º 176

Lima, Perú

LA SIERRA

Organo de la Juventud
Renovadora Andina

De Letras, Ciencias, Arte, Historia,
Ciencias Sociales y Polémica.

Suscripción: Dos dólares

Directores:

J. GUILLERMO GUEVARA

AMADEO DE LA TORRE.

Apartado N.º 10

Lima, Perú

Nueva Revista Peruana

Directores:

ALBERTO URETA

MARIANO IBÉRICO

ALBERTO ULLOA

Suscripción anual: \$f. 2

Dirección:

Casilla de correo

Núms. 128 y 281

Lima, Perú

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras.

Fundador:
ENRIQUE MATTA V.

Director:
FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:
CORREO 8
Santiago, Chile

CLARIDAD

REVISTA DE ARTE, CRITICA
Y LETRAS.

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA.

Director:
ANTONIO ZAMORA.

Dirección, Administración:
San José 1641.—Apartado N°. 736
Buenos Aires, Argentina.

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:
J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:
Carrera 10., N°. 268
Bucaramanga, Colombia

ELITE

Revista semanal ilustrada.

Director-Editor:
JUAN DE GURUCEAGA

Suscripción anual, B 90

Oficina:
Principal a Santa Capilla, N°. 6
Caracas, Venezuela

Revista Bimestre Cubana

Publicación de la "Sociedad Económica de Amigos del País"

Director:
FERNANDO ORTIZ

Dirección:
Calle L. esq. a 27.
Habana, Cuba

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Redacción:
Alberto Lasplaces
Jaime L. Moranza
Gervasio Guillot Muñoz
Alvaro Guillot Muñoz
Melchor Méndez Magariños

Calle 18 de Julio N°. 2128
Montevideo, Uruguay